



Esta versión digital de una selección de la obra impresa forma parte de la Biblioteca Virtual de la Consejería de Educación de la Comunidad de Madrid y las condiciones de su distribución y difusión de encuentran amparadas por el marco legal de la misma.

[www.madrid.org/edupubli](http://www.madrid.org/edupubli)

[edupubli@madrid.org](mailto:edupubli@madrid.org)



LETRAS MADRILEÑAS CONTEMPORÁNEAS

ROSA CHACEL - TERESA

LMC

25

ROSA CHACEL

# TERESA

Prólogo de Ana Rodríguez Fischer



VISOR LIBROS

## I

Sobre una mesa endeble, cubierta con un tapetillo de yute, quedaba durante toda la noche una capuchina encendida. La mesa estaba colocada en el rincón que formaba el ángulo del pasillo, y la capuchina servía para guiar a los huéspedes trasnochadores del Hotel Favart. Su luz temblorosa iluminaba una zona de corto radio: poco más lejos los dos brazos del pasillo se hundían en profunda oscuridad, y desde los extremos sólo se distinguía la pequeña llama, señalando el sitio donde era preciso doblar la esquina. A un lado y a otro del pasillo se enfrentaban las puertas de los cuartos, aparentemente unánimes porque el silencio del largo corredor era uniforme: una puerta a la derecha, otra a la izquierda, mirándose, sin delatar jamás lo que guardaban. Puertas y puertas, nada más. Rectángulos de madera oscura en la que relucía el bronce de los picaportes y de las pequeñas chapas numeradas; rectángulos sombríos, bordeados por gruesas molduras, que se destacaban en el papel listado de las paredes —tonos crema, de un desvaído Imperio— imperceptible casi en la oscuridad, y sólo en torno al halo de la llamita rayando de oro medio extinguido el rincón, que retugiaba allí sus últimos vestigios. Nada más en el pasillo oscuro, durante toda la noche.

Un día, al caer la tarde —era el mes de octubre de 1830—, uno de los cuartos fue ocupado por una pareja de viajeros que venía de Londres. Él era un comerciante español, conocido ya en el hotel como monsieur del Bayo; su mujer le acompañaba por primera vez. En cuanto cerraron la puerta del cuarto, ella se dejó caer en una butaca, dispuesta a negarse a todo lo que le propusieran: no quería comer, no quería ordenar el equipaje; no quería más que dormir. Él conocía sus movimientos de cabeza irrevocables, y desde un principio impidió la entrada a mozos y camareros que intentaron llegar con ofrecimientos. Estaba dispuesto a avenirse a no cenar y a dejar el cuarto revuelto, por no impacientarla; estaba no sólo dispuesto, sino acostumbrado a solucionar los pequeños menesteres, los hábitos caseros que exigían un mínimo de acción, como —en aquel momento— sacar del maletín las dos camisas de dormir y ponerlas junto al fuego que ardía en la chimenea, extendi-

das sobre el respaldo de dos sillas. Pero ella, de pronto, se animó tan súbitamente que no les dio tiempo a calentarse: se deshizo de sus vestidos y endosó el camión. Mientras él ejecutaba su cambio de ropa, ella, que no había abierto la boca hasta aquel momento, dijo:

—Antes de cerrar la puerta hay que dejar fuera los zapatos.

Se echó el abrigo sobre los hombros, cogió un par de zapatos en cada mano y los sacó al pasillo. Saltó a la cama y se tapó hasta la cabeza. Él sopló el quinqué y vino a la cama, sorteando los muebles y tanteando con los pies descalzos la alfombra tibia; se metió entre las sábanas y dijo, como un conjuro sencillo y doméstico:

—A ver si duermes bien.

No obtuvo respuesta, aunque sus palabras suscitaron en ella una tentación de obediencia. Estaba segura de que no dormiría, pero fijó un rato, voluntariamente, su imaginación en aquel voto: «A ver si duermes bien»; se puso a ver primero en una postura y luego en otra, hasta que al fin fue resbalando a su postura habitual, en la que terminaba por ponerse siempre para no dormir: guardando el equilibrio al borde de la cama, sostenido su peso sólo por las ropas remetidas bajo el colchón. Allí se sentía como en una hamaca, en una inseguridad confortable, consoladora. Allí podía mecerse en interminables preguntas: ¿Para qué haber venido, para qué?... ¿Para qué todo aquel esfuerzo, todo aquel cansancio sin objeto?... ¿Para qué haber salido de Londres, donde podría estar ahora revolviéndose igualmente, pero imaginando al menos que existían paraísos lejos de ella?... ¿Para qué haber llegado a comprobar que a su alrededor no había más que un vacío sin límites, sin poder siquiera revivir en la memoria el esplendor de su proyecto cuando el viaje inflamaba su anhelo?... Pero el vaivén de la incertidumbre, en vez de adormecerla, fue agitándola, en aumento tan intolerable que, como supremo recurso, la llevó a retroceder, a refugiar su mente en el recuerdo de tantas noches que había pasado alimentándose de una palabra sorprendida. Ahora veía con un destello mágico aquellas sobremesas de comerciantes, en las que ella aparecía con la licorera y servía lentamente el anís en los vasitos azules. Lentamente, haciendo largas pausas entre uno y otro para sorprender una alusión, para cazar una imagen que cruzaba a veces como los insectos que irrumpen en la luz un momento y desaparecen en la oscuridad. Tan pronto era un café, como una calle, como un hotel de París por donde pasaba una sombra y después, por la noche, la imagen se desenvolvía como un mensaje cifrado,

iba poco a poco revelando la pista de sus detalles, que parecían más lógicos cuanto más delirantemente eran deducidos. Ahora trataba de recordar cómo habían logrado insinuar la tendencia de sus ensueños en la charla cotidiana, cómo había ido haciéndola aparecer en forma de curiosidad, más tarde de capricho, de proyecto realizable por fin, y cómo, casi en plena inconsciencia, había llegado a ser un hecho hasta que, al entrar en París, ya puesto el sol, entreviendo apenas las calles a través de los cristales del coche salpicados de lluvia, una angustia invencible se había apoderado de ella, una certeza ciega de que todo sería inútil, de que seguiría sola, ignorada en un rincón anónimo, encerrada en un cuarto con un número en la puerta, a la que nadie vendría a llamar preguntando por su nombre. Allí seguiría, como sus maletas, como un objeto más, inerte, en un medio por completo ajeno al que había imaginado, porque nada, nada de lo que la rodeaba significaba un cambio: soledad y extrañeza por todas partes. Una noche más de desazón y angustia en un cuarto desconocido, con las ropas tiradas sobre las sillas. Esto era lo único que tenía en torno, y su casa y su hijo del otro lado del mar.

Por aquella ruta de angustia, el ensueño sobrepasó los dominios de la mente, invadió el campo de la realidad acrecentando su peso sobre el pecho, como una mole, y el cuerpo, por desembarazarse de aquella opresión, la sacudió con un suspiro. Al dejarlo escapar vio que con él había delatado su insomnio y presintió un comentario, que no se hizo esperar. Primero fue un ligero rebullir y luego una pregunta vaga:

—¿Cómo se las arreglará Matilde sola?...

—Bien; ella siempre se las arregla bien.

Aquel breve diálogo dio una realidad colosal al trastrueque ocurrido. Ahora, aquí en París, se hablaba mortecinamente, en la oscuridad de la alcoba, con aquellas palabras tendidas sobre el arenal del desvelo, y en la región viva del pensamiento aparecía Londres, la casa por cuyos pasillos se oía la voz, el llanto o las pisadas inciertas del niño, junto a cuyas ventanas se encontraba el bastidor de Matilde, en cuya cocina se congregaba una servidumbre extraña, vanamente altanera, escandalizada siempre de las carcajadas españolas. ¡No, nada de esto, nada de esto podía ocupar aquella plaza, elevarse hasta vestir ese manto que se llama el recuerdo! Y, sin embargo, pasaba así sin que hubiese medio de impedirlo; tan inevitable, tan fatalmente como el desangrarse de la ilusión nada más poner el pie en su orilla. Tan forzosamente imperaba aquella

visión de lejanía como se esquivaba, se negaba con cruel desarraigo la sonrisa, la pura promesa que antes iluminaba el lado de acá. ¡Más que negarse, más que borrarse, la sonrisa se transformaba en una mueca hostil! Le parecía tenerla ante los ojos y se ajustaba las ropas de la cama alrededor del cuello, porque creía sentir aún en los hombros el frío de aquel pasillo oscuro que había entrevisto al poner los zapatos en la puerta. Sólo fue un instante, pero aventuró por su penumbra una larga ojeada, y él le echó encima toda su soledad. No podía olvidar la rapidez con que había retirado la mano al soltar los zapatos, como si los abandonase a un peligro atroz, y sentía miedo por ellos, sentía el deseo de salir a recogerlos; pero ante esta idea su miedo se convertía en terror, porque su miedo no era de ningún peligro concreto: era, precisamente, de aquella soledad, de que sus zapatos estuvieran allí en vano, como mendigos a los que nadie socorre, implorando en la sombra, toda una noche, todas las horas, los minutos de una noche esperando inútilmente.

Cuando sonaban pasos, su divagar quedaba paralizado. Los oía acercarse subiendo por la escalera, los seguía y los examinaba cuando pasaban por su puerta, los acompañaba hasta que se perdían en el corredor. Entonces volvía a recobrar el hilo de sus pensamientos, cada vez menos dueña de su conciencia, cada vez más arrebatada por la ansiedad del insomnio hacia su cenit, ese punto en que el desvelo es como una inmovilidad vibrante. Y no lograba, como otras veces, que la inhumana tensión cediera a la dulzura de cualquier imagen, al arrullo de cualquier voluptuosidad; el insomnio ahora era como un santuario abandonado por el ángel, era como un témpano fijo, sin deslizamiento, seco. Hasta que al fin, rendida, en una especie de abdicación de su vigilia, se quedó envuelta en un sopor que en dos o tres horas reparó sus fuerzas.

A las ocho de la mañana todo había cambiado. Al despertar encontró colgando, cerca de su cabeza, un cordón de seda roja que remataba en una borla. Alargó el brazo, la borla descansó en la palma de su mano con suave peso de seda; los flecos se le escurrían entre los dedos, parecía tan viva como la pata de un gato. Era delicioso jugar con ella y hasta sonreírle. ¿Por qué no? Una cosa, una inocente cosa puede acompañar, puede responder con el contacto de su deliciosa materia a las caricias perdidas. Tiró de ella y un largo campanillazo corrió por el pasillo. Poco después, sentados en la cama con la bandeja entre los dos, desayunaban y, como no tenían nada de que hablar, sonreían. Estaba ya decidido de

antemano: las mañanas para los negocios y las tardes todo el tiempo libre.

Así, al quedarse sola en el cuarto aquella mañana de otoño, no hizo más que mirarla de cuando en cuando por el balcón, mientras iba colgando la ropa en los armarios. Y un solo pensamiento ocupó su imaginación durante todo el rato. Un pensamiento que llegaba a su cabeza como una mano persuasiva que alisase su pelo y al mismo tiempo sus ideas, amansándolas, llevándolas al terreno de lo posible, de lo comprobable. A veces miraba por entre los visillos, otras escuchaba un poco detrás de la puerta y se decía: «¡Qué tranquilo es todo!», la calle, el hotel; ni un paso, ni una voz por el pasillo. Aguzaba el oído como si esperase oír algo, pero nada. Movía la cabeza como diciendo: «Nada, naturalmente.» Esto era París, una ciudad donde también se reparten la leche y el pan por las mañanas: no había nada que temer. Todos los días transcurrirían así las horas; se iría levantando la luz, desaparecería la leve niebla húmeda y empezaría a dar el sol en las chimeneas, cuyos cascós hacía girar el viento, luego llegaría a la mansarda de pizarra, luego a los vidrios de ventanales de *atelier*, a las ventanitas de cuartos de estudiante. Y mientras tanto, ella andaría de un lado para otro ante aquellos hermosos espejos, poniéndose, al fin, un traje para bajar al comedor. Pero no tan pronto: aún debía de faltar mucho para el mediodía. Era mejor emprender cualquier tarea larga. Sólo cuando se llena un espacio de tiempo con una actividad que le sobrepasa, se escapa ligero entre las manos como sin sentir. Pero ¿qué hacer?... Abrir el baúl, a ver si entre los objetos habituales brota por sí misma una sorpresa. ¡Todo era conocido! Los objetos permanecían insensibles al cambio de lugar. En un rincón un paquete, envuelto en un papel fino, no despertó al pronto el recuerdo de su contenido..., tal vez la sorpresa estaba allí; pero al abrirlo resultó ser un chal de pelo de cabra, larga labor de ganchillo inconcluida por descontento. La sentenció en el acto: el punto estaba demasiado apretado y, sentándose en una butaca junto al balcón, empezó a tirar de la hebra, dando libertad al estambre. Los puntos fueron desapareciendo fila por fila, sumiéndose unos tras otros con movimientos ligeros, con ademanes automáticos, como frailecillos, como montos que se desataban primero por la cintura y después hundían los brazos, las piernas y quedaban en nada. El estambre formaba en el suelo un montón crespo que, al ser ovillado, no perdía la ondulación adquirida y grababa en la mano la fila de erres que sonaba al desencadenar los puntos. Un con-

tacto fosco y rebelde que se negaba a ser alisado: todo el estambre ya en un gran ovillo ofrecía su resistencia muelle, se le podría comprimir entre las manos y al soltarlo recobraba en seguida su forma esférica. También su tono poseía más de una calidad: en conjunto, era lila grisáceo, recubierto por una pelusilla que parecía absorber la luz, pero el estambre, retorcido como un torzal, brillaba en cada vuelta con diminutos fulgores metálicos que delataban la dureza del pelo cabrío. En esta contemplación voló la mañana.

De pronto, al levantar los ojos del ovillo hasta el espejo que estaba enfrente, vio en el fondo entreabrirse la puerta del cuarto: su marido estaba ya de vuelta. Tiró el estambre en la butaca y corrió hacia él. Le preguntó por sus asuntos y, mientras él le contaba, fue quitándole las motas que el viento de la calle le había echado en las solapas de la levita. Entretanto, como quien repite una plegaria, formulaba un pacto con él y con el mundo; un pacto que era solamente la repetición de un voto negativo: «No quiero nada, ¡que no pase nada, que no cambie nada!...» Quería únicamente continuar como aquel día, con aquella paz, en aquel ocio ligero como una esperanza, que en el fondo llevaba una débil sombra de temor, pero leve como un parpadeo. ¡Nada, nada, que no pase nada! Seguir así indefinidamente, vestirse vacilando en la elección de traje, pasar, por último, el peine moldeando el peinado con insistencia superflua, salir al fin del cuarto, apoyarse en el brazo de su marido y marchar a lo largo del pasillo, que por la noche le había parecido lúgubre y que ahora resplandecía con el suelo encerado, como una calzada brillante hasta el *hall* cuajado de begonias y palmeras artificiales en los maceteros. Entrar en el comedor, sentarse y desdoblar la servilleta. Nada más, no quería más que seguir así por toda la vida.

Al entrar, varias cabezas se volvieron a mirarla; ella las envolvió a todas en una ojeada y ocupó su puesto. Con aquella mirada en redondo reconoció el comedor y lo encontró tan familiar como si ilustrase un cuento de la niñez; exacto. ¿Qué descripción se lo habría anticipado tan detalladamente? No podía recordarlo, pero sí que había vivido en él, que había visto pasar por él las cuatro estaciones. Siempre lo había visto iluminado fugazmente por frases que centelleaban un momento y desaparecían, porque el hablador las dejaba escapar trivialmente: nunca había llegado a ser el tema de una conversación, ni podría serlo jamás para aquellos hombres que, con el puro en la boca, relataban sus andanzas por París. Uno, alguna vez, había dicho: «En el Hotel Favart siempre

hay españoles.» Otro había comentado otra vez: «Allí me encontré con tres calaveras de Madrid.» Alrededor de aquellas palabras había surgido la atmósfera de la gran sala, por cuyos balcones entraba ahora, en haces amarillos, el sol del otoño. Entonces había visto ya, tan claro como ahora mismo, pasar por aquellos focos a los que entraban por las puertas laterales, envolviéndose en un halo de apoteosis. El prestigio de aquella sucesión de floreros le era enteramente conocido, y aquel crujir de la tarima cuando alguien venía por el pasillo lo había oído cien veces. Incluso aquel tropel de pasos que avanzaba como un batallón. Pero aquél no le era conocido sólo por la fuerza de su presentir; en realidad, lo había oído pasar por su puerta, de madrugada. Cuando el tropel de pasos desembocó en el comedor, ella cerró los ojos. Dejó caer los párpados como se deja caer un instrumento después de utilizado, y sintió materialmente el golpe dentro de su cabeza. Todo quedó a oscuras. El ruido mismo se apagó, y sólo siguió zumbándole en los oídos una especie de eco de aquel golpe.

No fue un batallón, sino sólo tres hombres los que cruzaron el comedor, y aunque uno de ellos llevaba insignias francesas de las recientes luchas, no eran soldados ni franceses. Vestían de negro y llevaban el pelo largo, con afectado abandono. Fueron a sentarse a una mesa del rincón, como todos los días, y todo siguió igual: siguió sucediéndose el ir y venir de los camareros, plato tras plato, y las charlas, los comentarios y anécdotas lanzados de unas mesas a otras.

Durante un largo rato no pasó nada más. El vapor de los platos se extendió, indeciso, llenó toda la estancia como la bruma llena un valle, hasta que una ráfaga del sino lo rasgara en un punto donde dos miradas debían encontrarse. Pero sin valor para afrontar semejante momento, la que lo había provocado no se decidía a levantar los ojos. Y, sin embargo, era forzoso, no conducía a nada prolongar el silencio: la realidad es diálogo. O cerrar los ojos del todo y morir, o empezar a hablar. Levantó los párpados, enteramente cegada, ofuscada, dispuesta sólo a mantener con los ojos una obstinada afirmación: «Es cierto, soy yo misma; no es un sueño. Estamos aquí, uno frente a otro.» Volvió a bajar los ojos, miró el objeto que se llevaba a la boca, miró la mesa en semicírculo a su alrededor; volvió a mirar al rincón. Con altanería, cínicamente, siguió: «Es un puro azar; yo no sabía que iba a ocurrir esto: no puedo impedirlo.» Bajó los ojos nuevamente, los posó luego en cualquiera que salía, hasta verle desaparecer por la puerta. Miró al rincón, con una mirada rápida que

decía solamente: «¡No tiene importancia!» Con la cabeza levantada hacia el techo, la mirada vagando de un lado a otro, decía al pasar, sin detenerse: «No estás obligado a seguirme. Llevamos caminos distintos; de un momento a otro volveremos a perdernos de vista.»

No volvió a mirar directamente durante mucho rato. Unas cuantas palabras pronunciadas con voz muerta justificaban los movimientos vagos de su cabeza. Con ellos lograba mirar al sesgo y ver sin ser vista: en cualquier postura que adoptase conseguía siempre que alguna cabeza quedara interpuesta, ocultando la suya. Mientras tanto vigilaba, sorprendía en rápidos atisbos a los ojos que la perseguían, que la buscaban tratando de sortear los objetos, y veía crecer en ellos el empeño de la persecución, luego la angustia, el desprecio, la amargura.

Dentro de ella pasó algo ajeno a su voluntad: su mirada no pudo seguir llevando las conclusiones de su discurso interior. Algo se rompió, algún resorte saltó por excesiva tensión y sus ojos no pudieron seguir hablando porque, de pronto, fueron cubiertos por un velo de lágrimas. Igual que había visto crecer la angustia en los ojos que la buscaban, sentía ahora crecer dentro de ella una oleada de ternura, una especie de marea que subía a su garganta y amenazaba desbordar. Cogió una copa de agua: era preciso tragarse aquel mar, aquella inmensidad fluida que parecía ir a crecer infinitamente y a envolver todo en su calor húmedo. Al beber, el frío del agua verdadera contrajo el elemento desbordante: las lágrimas ya brotadas encontraron el cauce de los lagrimales, sumiéndose en él a tiempo, antes de rodar, y la mirada pudo volver a cruzar el salón, esta vez ya desnuda, desenmascarada. Saltó fuera de toda traba y se arrojó en choque impetuoso, hasta confundirse y perderse en la que la esperaba. Su encuentro no fue una caricia, sino un enlazamiento doloroso en cuyo esfuerzo la vida y el tiempo mismo parecían desangrarse.

La luz cambió, el sol dorado que entraba por los balcones palideció, dejando sólo una claridad gris, y el comedor quedó vacío; la atmósfera se enfrió sobre los manteles.

Una palabra pronunciada a su lado le hizo comprender que aquella situación debía terminar. Pero no pudo responder: siguió como si no hubiera oído. Sintió que su marido le tocaba en el brazo, llamándola como si estuviera lejos:

—¡Teresa!

Se puso en pie maquinalmente y, sin saber lo que le habían preguntado, contestó:

—Sí, sí, me siento mal.

El quiso cogerla por el brazo: creyó que iba a desplomarse. Ella se escurrió de su mano y echó a andar por el pasillo, ligera y al mismo tiempo vacilante.

Podía quejarse sin mentir. Quejarse era el único modo que encontraba de expresarse sin salir de sí misma, el único idioma en que podía hablar de la visión que llevaba bajo los párpados, sin delatarla, sin perderla y sin dejarla apaciguarse, sin permitir que perdiera su categoría de delirio. En medio del torbellino de sus sentimientos, sólo veía claro la decisión de impedir que rebosara de su cabeza lo que hervía en ella. Y más aún de oponerse a que el turbión de sus pasiones se transformara en hechos. Temía, con sagrado terror, sus propias reacciones; sentía que le era forzoso convertirse en guardián de sí misma y temblaba a la idea de tener que medir con ella misma sus fuerzas. Recurría a la razón y también dudaba de que la fiera brusca y ágil que llevaba dentro fuera susceptible de persuasión. Confiaba, o creía confiar, en que todo ello fuera prácticamente imposible. Mentalmente se repetía sin parar: «No puede ser, no puede ser...», pronunciando confusamente algo así como: «No puedo, no puedo...» Y así se dejó desnudar y envolver en las ropas de la cama, hundiéndose bajo el edredón.

Al poco rato el tintineo de una cucharilla le hizo abrir los ojos, y vio ante ella a la camarera que le ofrecía un frasco de agua de azahar para echar unas gotas en una taza de tila. Vertió descuidadamente un chorro y se bebió de un trago todo el líquido. La convulsión de la náusea la sacudió de pies a cabeza; sintió pasarle por la nariz el aliento cargado de aquellos perfumes, pero pudo rehacerse y, con la piel erizada por un escalofrío, se acurrucó entre las sábanas. Allí, como si se encontrase consigo misma, se sorprendió riendo. La mueca de una sonrisa tonta y sarcástica se le había fijado en la cara; era de su propia náusea y del destino de las flores cordiales de lo que se reía. Aquel vaho dulce que había respirado le había hecho recordar la fragancia de los tilos cuando extienden su fresco techo de ramas y una reflexión cruel había brotado en su cabeza: «¡A esto vienen a parar!...» Pero la ironía de aquel pensamiento apuntaba a su propia vida, al *confort* que la envolvía dulce y caliente, como un caldo en el que se hubiera disuelto la fragancia de su juventud, su verdadera vida, que alguna vez se nutrió de sus raíces. ¡Su verdadera vida!... La sonrisa no acababa de borrarse de sus labios, pero iba siendo cada vez menos amarga, dominada por el bienestar que se extendía por su cuerpo, como

si las flores cordiales volviesen a echar raíces dentro de ella, como si ella misma fuese una tierra fértil donde algo pudiera germinar. Una especie de rubor y de abandono a un tiempo la hizo suplicar:

—Por favor, cierra el balcón: la luz me hace daño. Con la última palabra aún entre su sonrisa, se quedó dormida.

No sintió el tiempo que pasaba, sumida en el clima de sus sentidos aplacados. La sonrisa, que había empezado siendo una contracción maquinal de su boca, llegó a invadir todo su ser, haciéndolo todo él risueño, anegándolo en paz, encadenándolo con imágenes radiantes. Corría, libre, dentro de sí misma; el poder era su sangre, era algo que circulaba desde su frente hasta las puntas de sus pies; era lo que hacía crecer su pelo. Podía respirar rítmicamente y aquello le hacía vivir: todo debía ser igualmente fácil. Algún tiempo después, antes también de que la conciencia se despertase, empezó a abrir los ojos. De pronto, su paz se deshizo como una pompa.

Teresa saltó de la cama. El señor del Bayo le hacía la guardia durmiendo en una butaca. Le despertó, se excusó con él por haberle inutilizado parte de la tarde y le aseguró que se encontraba perfectamente y que aún tenían tiempo de salir. Mandaron buscar un coche y, mientras tanto, ella fue vistiéndose. Salió sin mirarse al espejo, como si no quisiera hablar consigo misma, y rodaron por la ciudad, donde pronto fueron encendiéndose los reverberos. Calles, avenidas y parques iban pasando a su lado, inadvertidos sólo en lo que tenían de construcción urbana; Teresa no habría podido contar lo que había visto ni indicar siquiera vagamente el camino llevado; pero la ciudad, como una maga gigantesca, la cobijaba en su aura, le abría perspectivas entre castaños inmensos, le mostraba rostros de piedra, cuerpos desnudos en su pátina gris, adosados a los muros, rematando los dinteles, solemnes, potentes y benignos. Luego, ya oscurecido, los escaparates de las joyerías, iluminados como sagrarios, mostraban entre la sombra del terciopelo puras perlas, diamantes estelares, rubíes, zafiros. Y todo ello no era lo que era en realidad, lo que cualquier otro pudiera ver; todo ello podía definirse con una sola palabra: resurrección. El coche, después de haber hecho su servicio durante dos horas, volvió a dejarlos en la puerta del hotel.

Otra vez el pasillo, con una nueva fisonomía. Los quinqués encendidos proyectaban en los muros del *hall* las sombras de las palmeras. Otra vez el comedor y nuevamente una sucesión de platos, de entradas y salidas de los comensales, pero el diálogo del mediodía no volvió a reanu-

darse. Teresa trató de empezarlo y no encontró más respuesta que una mirada audaz, en la que sólo se podía leer el propósito de no escuchar, de no darse a razones, de no dejarse intimidar por nada. Teresa, sin fuerzas para imponerse, evitó levantar los ojos porque sintió que sólo una súplica desesperada podía escapar de ellos, sólo una pregunta inocente, desprevénida, virginal.

Tres años de su historia, esto es, toda su historia, se agitaron de pronto, en remolino, y creyó encontrarse de nuevo en el punto de partida. En vez de repetir la situación que se originara al mediodía, como ella intentaba, otra escena inmensamente lejana se le impuso más fuerte que la realidad: Lisboa, su primera salida de España.

Fue, sin duda, aquella mirada audaz que la arrojaba de la dulce convivencia anterior lo que revivió en ella el sentimiento del exilio. Se vio expulsada por una sentencia inexorable, se vio huida entre su padre y su hermana, confinados los tres en Portugal por albueros políticos. Ella, ¡tan joven entonces!, no comprendía bien lo que es la expatriación; sólo entendía la aventura. Creía que el sino la había arrancado al plácido transcurrir de los noviazgos provincianos, para hacerla arder en una llama inigualable. Allí mismo, nada más llegar a la ciudad que mira el mar desde tan alto, había cruzado por primera vez su mirada con la de aquel hombre, del que no sabía más que el nombre y la patria. Sólo de lejos, en un medio desconocido y extranjero, la había perseguido por las calles de Lisboa, y ella sentía a todas horas su mirada, vivía inmersa en ella, traspasada por ella. La sentía en la espalda, como un rayo que fuese directo a su corazón; la sentía a través de un muro, antes de doblar una esquina. Apretaba la mano de su hermana y le decía: «¿Está ahí? ¿Me mira?...» «Sí, te mira», contestaba Matilde, y ella cerraba los ojos para contemplar dentro de su pecho la mirada que había hecho allí el nido, maravillosa y terrible como un grifo. Luego, la ausencia; el seguidor había desaparecido, y la ciudad vacía, muda, torpe por sus desniveles abrumadores, había quedado tan ciega como sí el mar la hubiese abandonado. Y luego, en Londres, otra aparición, otra llamarada. Más íntima entonces, como sólo puede ser lo ya conocido, más sustentadora de la esperanza, porque repetir es subsistir, y si había durado a través de tal lejanía, ¿por qué no había de durar siempre? Cábalas, suposiciones de motivos incalculables que justificaban su conducta, interpretaciones de algo que había parecido una sonrisa o una actitud más franca que hacía esperar una decisión. Las noches de Teresa y Matilde transcurrían

en esas confidencias, llenas de ansiedad en Teresa, búsqueda anhelante de corroboración, que Matilde le otorgaba, sin fe. Pero aunque sin fe en el hecho anhelado por Teresa, con tanta fe en Teresa que sus afirmaciones no representaban engaño. Y así, una infinita confianza, esa que sólo puede darse cuando la vida no sabe más que vivir, no conoce el desánimo ni sospecha el error, la llevaba a seguir la aventura silenciosa allí donde brotara. A veces acompañada por su padre, cogida de su brazo, la súbita aparición le hacía acogerse más al refugio, apoyarse en el hombro de su padre y desde allí decir con sus ojos: «Sé que algún día tendrás valor...»

Teresa revivía esta escena, vivida cien veces años antes, con tan profunda enajenación de su presente que, sin sentir, se apoyaba en el brazo de su marido y sus párpados se alzaban, dejando escapar dos llamas implorantes. No obtuvo respuesta. Aquella concordancia lograda al mediodía, que se había establecido saltando sobre los años con un olvido milagroso, como si jamás se hubiera interpuesto nada entre ellos —ni la distancia ni el desconocimiento—, como si el diálogo hubiera sido interrumpido sólo un instante, no podía volver a reanudarse. Teresa intentó vencer aumentando la tensión, intentó violar el medio que se había creado ante ella, haciendo por atravesarlo como una atmósfera irrespirable. Inútil: los ojos que la escrutaban desde enfrente habían entendido su lenguaje al mediodía, pero ahora no recordaban su acuerdo. Ella se miraba a sí misma, preguntándose confundida: «¿Qué puede haber cambiado en mí?...» Murmuró algunas palabras por cortar el paso al llanto, y su marido le contestó, volviéndose a mirarla, cediendo inconscientemente a la llamada de socorro. Teresa le miró al fondo de los ojos, para comprobar si él también la extrañaba, pero él siguió hablándole entre dientes, con la misma confianza corroboradora de todos los días, y esto, en vez de reconfortarla, la dejó abrumada de tanto comprender. Fue una verdad brutal y despreciable lo que entendió, un módulo estrecho de la vida, mezquino y turbio, en el que no había reparado nunca, por altivez. Era evidente: algo había cambiado en ella. Se quedó un rato perpleja, sin saber dónde descargar su cólera, sin saber si arrojarla contra el mundo o volverla contra sí misma por su estúpida impremeditación. Esta última idea fue ganándola, y mientras su frente se envolvía en una ola de bochorno, fue afilando fríamente el sarcasmo para extirparse con él las ilusiones. Entonces, en vez de mirar al rincón pidiendo respuesta, se situó en él mentalmente, se trasladó a

aquella mesa distante y desde allí se miró a sí misma, se miró y se recordó, se comparó, se clasificó. ¡Qué ridícula era su inocencia! ¡Qué ciegameamente tonta su confianza! Veía, desde allí enfrente, aquel aire sublime que afectaba, como la Dama junto al unicornio, entre flores intactas, en un mundo no hollado por pensamientos torpes. Sus manos, al coger la copa, querían decir eso; sus bucles, orlando la frente sin cubrirla, sugerían lo mismo. Y la verdad, la verdad de su real persona incanjeable, ¿qué era? Era una pequeña señora casada y liviana; era una desdichada mujer definida, señalada por la prosa de un solícito marido ignorante. Nada podía esperar, de nada le servía recordar que horas antes había sido mirada con el antiguo fuego, con el antiguo ímpetu. Aquello tal vez fue como un último aliento del recuerdo que hubiera querido sobrevivir; pero la reflexión, o más bien la visión clara que se alcanzaba desde allí, desde el rincón donde él estaba, desde donde ella se miraba a sí misma, era la imagen sin prestigio de una mujer procaz, a la que era fácil rechazar, desahuciar. Con heroica aceptación alzó la frente, pero no enteramente los párpados. Mirando por entre las pestañas se dio cuenta de lo que pasaba.

La mayor parte de la gente había salido ya del comedor. Los platos habían ido desapareciendo, y el camarero ponía sobre la mesa las tazas del café. De pronto, por el hueco que quedaba entre dos mesas fronteras a la suya, vio avanzar unos pies: seis pies movidos por piernas enfundadas en ceñidos pantalones negros. Los vio llegar, detenerse ante ella, oyó voces que no pudo entender, oyó correr sobre el suelo la silla de su marido, empujada por él al levantarse a saludar; oyó unos nombres sin reconocer ninguno, ni siquiera el suyo. Alargó la mano y contestó con la cabeza al saludo recibido.

A la invitación hecha por el señor del Bayo, se reunieron unas sillas junto a la mesa, y una conversación increíble, artificial, completamente vana, atravesó los sentidos de Teresa. La sintió como una corriente de aire que diera en su sien un golpe frío, pero que, al traspasar la pared de su cráneo, levantó en su cuerpo una tempestad de fiebre. Una angustia insuperable la dominó, una opresión como si el murmullo de las cuatro voces creciese en catarata, como si las palabras se quedaran allí aglomeradas hasta formar muchedumbre. Quería escucharlas, pero se le perdían, sin fisonomía inteligible. A veces creía entender entre ellas los lugares comunes de la política, a veces las vicisitudes de la expatriación. Entre aquellas palabras oía nombres de ciudades conocidas por ella, oía

aludir a mil situaciones atravesadas tiempo atrás, pero ninguna emoción lograba despertarse. Los tres nombres que acababa de oír resonaban en su cabeza, y ninguno de ellos le parecía ser aquél, otras veces tan íntimo a su alma: Balbino Cortés, Miguel de los Santos Álvarez, José de Espronceda. ¡Otras veces!... Al oír este nombre, cuando en Londres llegaba a ella, rodeado del aura de la fama o aludido amistosamente por los compatriotas, tenía que bajar la cabeza para que no vieran todos cómo se inflamaba su cara. Ahora, pronunciado por el mismo que lo llevaba, no llegaba a romper la muralla de hielo con que el terror la defendía, y quedaba perdido entre los dos. ¿Quiénes eran, quiénes eran aquellos tres hombres que hablaban, sentados a la mesa, que en aquel momento intentaban persuadir al señor del Bayo de que debía cambiar de residencia? París era infinitamente más alegre, más cordial que Londres... Pero él argumentaba con decisión que su vida comercial estaba en Inglaterra y que París le parecía bien sólo para pasar unos días, de cuando en cuando.

Teresa no podía más, quería llorar, gritar como un niño perdido entre el gentío. Con un movimiento inconsciente, como buscando la única posibilidad de reposo, apoyó el codo en el respaldo de la silla de su marido. Allí sostenida, levantó la frente esperando que la penumbra del techo la orease. Después miró frente a ella y encontró la mirada audaz, llena de decisión. Aún un nuevo movimiento de su cintura, inclinándose hacia el refugio, hacia el punto de apoyo, y desde allí, ya serena, nuevamente aligerada por la confianza, una nueva mirada suplicante.

Teresa se abandonaba de tal modo sobre la silla de su marido que le hizo volver la cabeza, y al mirarla sorprendió en sus ojos aquella súplica que parecía subir del fondo de un cansancio infinito. Se puso en pie, se excusó con sus contertulios y, dando el brazo a Teresa, la llevó al cuarto. Por el pasillo le dijo que creía haber entendido por su mirada angustiada que aquella conversación la fatigaba. Teresa, abandonando aún más todo su peso sobre el brazo de él, en prueba de gratitud, contestó:

—Has acertado; ya no podía más de sueño.

La segunda noche pasó sin delirios, porque la desmesura de los hechos no dejaba lugar a fantasmas. Teresa pasó las primeras horas absorta en una perplejidad nueva para ella. Antes, sus ensoñaciones consistían en una incansable deducción e interpretación de datos apenas perceptibles. Aparecía en su mente cierta calle, cierto parque, cierta playa o cierto camino en el que dos coches se habían cruzado, llevados

por caballos veloces, y en aquel escenario, unida a su luz radiante o mortecina, la imagen adorada fulguraba cargarla de misterio. Una cualquiera de aquellas evocaciones bastaba para alimentar la más empeñada meditación. Todo rebrotaba en la mente de Teresa, y no sólo rebrotaba apareciendo, no sólo era eso que se llama un recuerdo fiel, sino que, por el contrario, a veces era como un recuerdo esquivo y todos los sentidos en tensión trataban de apresarlos, escarbaban en él, revolvían su fondo como el de un cofre que guarda algo pequeño y valiosísimo. Teresa analizaba cada una de aquellas centellas: «*Aquello*, ¿era amor? *Aquello*, ¿era verdadero? Y si lo era, ¿podía ser fugaz o sería indestructible? *Aquello*, ¿era semejante, idéntico, o distinto de lo que ella llevaba dentro de sí?...» En esta cavilación habían pasado los años; éste era el clima que unas veces creaba el árido desvelo y otras el tierno abandono al sueño. ¡Ahora!... Ahora era otra cosa. Y lo que era no le inspiraba el ansioso deseo de *saber lo que era*, sino sólo una estupefaciente reflexión: «Esto es lo que no puede ser.» Y una especie de sombra de esta afirmación se proyectaba sobre el pasado, enturbiándolo: «¿Por qué no fue cuando podía ser?» La penumbra de desconfianza extendía también su insidia sobre el presente: «¿Por qué resulta que empieza a ser ahora, cuando parecía que iba a dejar de ser para siempre jamás?... La culpa o la causa, ¿de quién eran?...» Nunca llegaría a comprenderlo.

Se despertó pronto y las mismas palabras, fijas en su pensamiento, siguieron persiguiéndola. Esperó con impaciencia el momento en que se quedase a solas para poder pensarlas más intensamente, pero cuando se quedó sola se dejó caer en una butaca y no pudo pensar. Sintió como si su turno hubiera terminado, como si ahora le tocase callar y obedecer. Ella no sabía trabajar más que en sueños; recordaba el estambre que el día anterior había destejido y veía su historia como una cadeneta que de un tirón brusco se podía reducir a nada. Perdió la noción del tiempo, creyó haberse adormecido o haberse desmayado. El día era gris y no daba el sol en la mansarda frontera; pensó que acaso fuera a caer la tarde, pero en realidad sólo unos minutos habían transcurrido desde que el señor del Bayo saliera del hotel. Una breve llamada en la puerta, que reconoció como de la camarera, le hizo contestar, sin volver la cabeza:

—Adelante.

Y la camarera entró, pero no a sus menesteres. Teresa no sintió pasos en la alfombra; la vio de pronto ante ella ofreciéndole una carta. Cuando la carta estuvo en sus manos, Teresa tuvo la impresión de que la

camarera se había sumido en la alfombra, y le dio miedo encontrarse tan sola, con aquella carta en la mano. Tardó eternidades en abrirla. La leyó: no era lo que esperaba, o sí: era lo que temía, no lo que anhelaba. No era un capítulo de la ferviente historia; era un mandato, un ruego apremiante, que no se detenía en justificación alguna; una orden de acción para aquel mismo momento.

Empezó a recomponer su pelo, a abrocharse el vestido, queriendo negar el hecho, repitiéndose: «¡Esto no puede ser, Dios mío, esto no puede ser?»

Y se perdía en el cuarto, buscando un alfiler en el tocador, dejando caer lo que trataba de colgar en la percha. El aserto «no puede ser» perdió su firmeza; se convirtió en dudosa aprensión: «¿Es que en realidad el amor es algo que puede ser?...» Se miró al espejo: no se reconoció. Su imagen tenía un gesto frío y duro como el presente; su imagen había olvidado la súplica, había aceptado la obediencia identificándose con la orden, haciéndose ella misma imperiosa. La antigua ansiedad, postrada en adoración ante el misterio, piafaba ahora de intrigado empeño: «¿Cómo será, si puede ser?» Con un supremo esfuerzo, logró recordar que ya otras veces lo había creído, aunque vagamente, posible y que en esas ocasiones había urdido mil quejas y querellas, mil ternezas, mil lamentos apasionados que brotarían en torrente tan pronto como pudieran ser oídos. Repasándolos en su memoria, como una lección infantil, tocó la campanilla. La camarera, que esperaba la llamada, entreabrió la puerta y la interrogó con el gesto: Teresa asintió. Dos minutos después se oyó en el pasillo el rumor de unos pasos que trataban de hacerse insensibles. Teresa fue hacia la puerta, embrazando ya como un escudo la frase que había decidido pronunciar, antes que otra ninguna. Entreabrió apenas la puerta, como si no fuese a hacer más que mirar por la rendija, pero la puerta cedió a la presión exterior. Teresa sólo tuvo fuerzas para abrir los brazos y creyó que aquel aliento que la envolvía la despegaba del suelo tan fácilmente como arranca una hoja el viento.

Aquella cita, lograda milagrosamente, no fue ni un punto maculada, en su breve perfección, por ningún contratiempo. Pero no es posible organizar una serie de milagros: el hecho, una vez sacado de la luz sobrenatural, traído a su realidad práctica de tráfico clandestino, con complicidad de camareras, demoras y sobresaltos, resultó más duro de lo que

Teresa podía tolerar. Sin embargo, no se rebeló ni un momento: enteramente entregada al seno de su amor, que se cumplía así, le obedecía con todas sus fuerzas; pero en vez de suavizar el camino a su conciencia, se ensañó en la contemplación de la verdad, aferrándose a ella hasta clavarla en su alma como un cilicio. Sus ojos adquirieron una fijeza obsesiva, como si no se permitiera parpadear por no dejar de mirar la verdad aquella, y sólo se cerraban, también con voluntarioso empeño, cuando hundía la frente en el pecho de su amante. Allí, escondida a sí misma, escuchaba entre las frases de amor ciertos planes, ciertas órdenes que estaba dispuesta a seguir, pero sin esperar de ellos más que un final para aquella trágica intriga que, cayendo como un telón, decapitase su angustia.

La intriga no duró muchos días —la vuelta a Londres era ya inminente—, y uno de ellos Teresa, sentada ante el tocador, refrenaba mal el temblor de su mano al pasar el peine por su pelo. Lo dejaba caer sobre la frente, lo prendía de nuevo, afectando una lentitud que parecía ir a durar toda la mañana. Cuando su marido se inclinó hacia ella para darle el beso de despedida matinal, toda la madeja de pelo se le escapó de la mano y le cubrió la cara. Pero en el momento en que la puerta del cuarto se cerró tras él, antes que los pasos se hubieran extinguido en el pasillo, quedó prendido en lo alto de la cabeza, sin bucles, con una sencillez desesperada. Rápidamente un vestido oscuro, un abrigo cerrado hasta el cuello, una mantilla sin prender, echada hacia delante, el saco de mano sobre una silla, los guantes ajustándolos ya junto al balcón, mirando a la plaza por entre la malla bordada del visillo.

A los pocos minutos, dos hombres envueltos en capas cruzaron de derecha a izquierda. Teresa se quitó rápidamente el guante para frotarse los ojos: los latidos de su pecho hacían temblar la malla de la cortina, impidiéndole ver. La separó: los dos hombres marchaban, en efecto, hacia la izquierda.

Salió. La madera del piso no crujió bajo sus pies. Pasó como una sombra, y, en realidad, iba enteramente en sombra, enteramente a oscuras de alma. Su cuerpo marchaba movido por el automatismo de la memoria: sabía que tenía que torcer a la izquierda por una calle, y después tomar una callejuela. Pero lo que marchaba era solamente, como la sombra, un espacio privado de luz, un agente inánime de aquella vida que llevaba ya tanto tiempo disipada en las inmensidades de su tumba y que, en el trance de resucitar, se resistía abismándose aún más, hacién-

dose sustituir por un espectro. Sin embargo, sus pasos ciegos la llevaron a donde tenía que ir. Nada más torcer la segunda bocacalle, vio un coche parado, con las cortinillas caídas; abrió la portezuela y se arrojó en el interior. El coche rodó por el empedrado, como si se precipitase por un despeñadero. Teresa esperaba solamente que acabasen de ahogarla los brazos que la oprimían y que toda aquella máquina llegara a estrellarse en el fondo de una sima. Lo esperaba sin miedo y sin impaciencia, como si lo viera desde lejos. Su conciencia planeaba en lo alto, como un cuervo que esperase ver caer a un moribundo para arrojarse sobre él. Pero nada cayó, ningún golpe pulverizó al coche en su marcha. Después de rodar y torcer en giros interminables, se detuvo, al fin, en un suburbio, ante una puerta imperceptible, y, dejando allí a sus ocupantes, desapareció.

Aqué fue el primer día de libertad de su amor: la puerta del cuarto cerrada con dos vueltas de llave; la luz, una luz sin hora, como un alba estancada, que no pudiera fluir. Teresa, echada sobre la cama, vestida, con el abrigo cerrado hasta la barbilla, los zapatos sobre la colcha y las manos escondidas en las mangas, miraba a su amante, que, sentado al borde de la cama, se inclinaba sobre ella. Le veía por primera vez a la distancia justa que necesitan las palabras para hacer su camino entre dos humanidades. Antes, en la prehistoria de su amor, le había visto siempre a una distancia estelar, desde la que sólo distinguía su brillo. Después, le había mirado ya en el abismo del contacto, en el que todo es confusión. Y ahora le veía a dos o tres palmos de su cara, la distancia a que se miran las cosas para saber cómo son. Cerró los ojos, pensando con decisión: «¡No, aún es pronto, aún no tengo fuerzas!» Y la ola de las caricias, con su infinita repetición nunca idéntica, fue alzándose y muriendo como sobre una playa, a lo largo del día.

El cuarto llegó a quedar completamente a oscuras. No sabían de qué horas de la noche podían ser las campanadas que de cuando en cuando dejaba caer un reloj vecino. Esperaban las siguientes para contarlas, pero cuando llegaban a sonar nunca habían estado atentos a su principio. En medio del silencio se oyeron tres golpes fuera, que Espronceda reconoció como señal convenida de sus amigos. Cambió con ellos unas palabras a través de la puerta y empezó a buscar, a tientas, el modo de hacer luz. Al fin encontró un quinqué y logró graduar su llama amarillenta. Mientras tanto, Teresa arregló el desorden de su pelo y, arrebujada en su abrigo, se sentó en el sofá. La puerta se abrió a los dos camaradas.

Su llegada tenía por objeto dar cuenta de la trama de precauciones que habían organizado para hacer inaccesible el refugio de los amantes. Juramentados para su defensa, hacían por levantar el ánimo de Teresa, procurando cortésmente afirmarla en la confianza. Ella les sonreía y dejaba escapar débiles frases de agradecimiento. En su fondo, se preguntaba por qué aquellos hombres habían venido a turbar su intimidad sagrada. Todo estaba suficientemente claro y, sin embargo, Teresa creía ver que en la sombra de sus capas había lobos en acecho. Se pasó la mano por la frente para borrar aquella visión y procuró dulcificar su mirada, pero en sus ojos se revolvía una esquividad indomable. Afectó un gesto tímido, por miedo de tenerlo demasiado fiero. Y cuando los augurios por la vida nueva y la felicidad futura empezaron a reiterarse con énfasis y efusión, ella se puso en pie, acelerando la despedida, marchando sobre todas aquellas palabras como sobre hojas secas.



## II

No llegó nunca el momento dramático que se pudiera temer. La situación no hizo crisis: no hubo tragedia y, por tanto, no hubo desenlace. La nueva vida consiguió deslizarse detrás de una muralla de precauciones, primero alterada por frecuentes sobresaltos, luego normalizada al ir descansando en la confianza. Y un día, al fin, el sueño llegó a ser verdaderamente sueño y el despertar verdadero despertar: al abrir los ojos encontraron que todo había cobrado nueva fisonomía o, más bien, que toda fisonomía había sido iluminada. Con la luz amanecía la dicha, y la dicha consistía en actividad: emprender el día con sus pequeños quehaceres, cosa que antes parecía destructora y árida, y ahora tenía un sabor estimulante, rebosaba de un jugo que podía vivificar hasta el pasado.

Esto era lo milagroso: la palabra ilusión había perdido su imán. Antes, la mente y la voluntad enteras se empleaban en fabricar artilugios para alcanzar el imposible; ahora, plasmadas en la contemplación del presente, llegaban, por virtud de aquel contemplar, a salvar el pasado que parecía perdido, que parecía una cadena de hechos sin sentido ni razón y que, en realidad, había sido una escala para llegar a aquel lugar. Y aquel lugar no era más que un pequeño cuarto en la Rotonda del Pasaje del Panorama, en el Boulevard Poissonnière. Allí, entre sus muros estrechos, estaban la verdadera vida y el amplio espacio. Por su patio ahumado entraba la luz que sirve para ver y, al extinguirse, quedaba también una penumbra fértil, por donde arrastraban su lujo los recuerdos.

Puesto que el presente ya lo compartían, los retazos lejanos de sus vidas cobraban de pronto el valor de ofrendas inestimables. Y les era delicioso marchar de la mano por aquellas estancias que se conservaban llenas de su propio aroma. De la mano, en realidad, porque era generalmente al caer la tarde, paseando por los parques húmedos o por las márgenes del río, cuando sus manos se enlazaban con la única fuerza superviviente que flotaba sobre la paz de sus sentidos. Otras veces la lluvia les impedía salir y, sentados junto a la chimenea, la sien del uno apoyada en

la del otro, dejaban que sus manos jugasen como niños no vigilados, persiguiéndose, oprimiéndose hasta quedar amortecidas en un enlazamiento tan estrecho que las confundía, borrando sus límites.

En medio de aquellos silencios, Teresa volvía de pronto a sus recuerdos, y aquel recordar no la alejaba. Al contrario, con él hacía entrega de las últimas raíces del alma a su verdadero dueño. Rebuscaba entre lo más lejano sus impulsos primeros, reconstruyendo con ellos la época profética de su amor, cuando, esbozada en la nebulosa infantil, vislumbraba la mujer que iba a ser. En realidad, la mujer que ya era, porque a veces decía, tras un largo esfuerzo de memoria, como explicando su silencio: «Querría recordar todos aquellos sitios donde estabas tú y todos aquellos donde no estabas... Porque en aquellos sitios la que estaba era ella, tal como hoy era la que desde la hora primera de su vida le había amado, la que había nacido preñada de aquel amor.»

Teresa hablaba locamente de todas las cosas que habían despertado sus primeras ambiciones femeninas; todos aquellos perfumes, aquellas sedas y plumas, con sus colores y su suavidad, siempre habían tenido para ella un sentido claro. Eran como el dechado o el arquetipo de la belleza que ella debía tener algún día. Y debía tenerla para darla. Se recordaba en días tan tempranos de su niñez que podrían parecer fuera de lo humanamente posible; escapada apenas al regazo de sus niñeras, se recordaba a la puerta de alguna sala iluminada, viendo bailar a las mujeres de su familia, con aquellas cinturas increíbles donde los hombres enroscaban sus brazos, y allí mismo, ¡bien cierta estaba de que así fue!, allí mismo asomando la cabeza medrosamente, contenía el aliento para que su cintura se estrechara, haciendo ya el nido para los brazos que habían de posarse en ella.

También recordaba su deseo constante de soledad, su certeza de que la soledad la esperaba para darle la única compañía deseable: sus ensueños. Se refugiaba en el patio tórrido de su casa de Utrera, que tenía sobre los muros blancos aquel cielo como un cristal azul; se escondía entre las matas de geranios que llenaban el arriate a lo largo de la tapia, la tierra estaba seca y casi tan blanca como la cal de la pared, el olor de los geranios era tan intenso al remover las plantas, que casi la emborrachaba, casi le daba náuseas, pero cuando llevaba un rato quieta el olor se borraba y entonces volvía a removerlas para hacerlo brotar. El olor no surgía de las flores, sino de las hojas, y era, como su contacto, aterciopelado y áspero al mismo tiempo; al respirarlo se sentía el terciopelo en la

garganta, y era maravilloso seguir allí hasta el mediodía, cuando todo reverberaba, cuando sobre el brocal del pozo, sobre las losas que formaban el camino hasta la cancela, temblaba la luz, porque todo, hasta las cosas inertes, vibraba guardando el silencio. Y, de pronto, ocurría algo atroz; una voz gritaba: «¡Teresa!» Ella se inmovilizaba; con su quietud trataba de hacerse invisible, inexistente. Recordaba que un día —no tendría más de seis años— ocurrió ese cataclismo; su nombre cayó en el silencio como una piedra en una montera de vidrios y ella contuvo el aliento, pegó la espalda a la pared y se quedó inmóvil, tan inmóvil como un tronco o una piedra; en ese momento sintió el ruidito de una lagartija deslizándose junto a sus rodillas y no movió los ojos para mirarla, esperó: la lagartija siguió avanzando y vino a pararse justo en el sitio en que ella tenía puesta la mirada. Desde allí la miró, levantó la cabecita hacia ella y la miró a los ojos; la voz, desde la azotea, volvió a gritar: «¡Teresa!» Ella no se estremeció siquiera, siguió mirando a los ojos a la lagartija y la lagartija a ella. Estuvieron así un rato, que le pareció inmenso, sin pestañear, hasta que la lagartija se fue, pero sin huir, sin correr, todo lo despacio que puede irse una lagartija, y ella estaba segura de que se había ido así por no asustarla, por no sacarla de su quietud, porque en aquel rato que habían pasado mirándose se habían contado todo: la lagartija sabía que allí estaba con él.

El caudal de sus recuerdos no tenía fin. A veces lo cortaba porque se le ocurría de pronto confrontar fechas: tal cosa pasada en tal mes de tal año, y revisaban los recuerdos, ordenadamente, hasta saber qué hacía cada uno de ellos en cierto momento. Él decía siempre:

—La vida de un chico es muy diferente. Están ante todo los camaradas, los mil proyectos que se emprenden con ellos, es escaparse de casa cuando no le dejan a uno salir. Los sueños empiezan más tarde.

—Bueno —insistía Teresa—; pero cuando empezaron, ¿cómo eran?

—No sé... Yo amaba todo: la gloria, el heroísmo. De la gloria no veía más que unos pies colosales que marchaban por las nubes, como los de una figura pintada en un plafón. ¡Había una luz alrededor de sus sandalias!... Pero estas ideas no se le ocurren a uno hasta que empieza a estudiar latín. Con el latín se dan solas: es una evocación viva de gestos más grandes que los de nuestros días. Habría sido maravilloso vivir en aquellos tiempos, ¿no crees? El hombre desplegaba a su alrededor una atmósfera...

Y Teresa repetía:

—Sí, habría sido maravilloso...

Al mismo tiempo se apretaba contra el pecho de su amante, se hacía ceñir aún más por sus brazos, escondía la frente junto a su cuello, respirando la atmósfera que desplegaba sin ambicionar ninguna otra, como el que ha llegado a su verdadera tierra de promisión, y allí seguía recordando.

Los dos habían sido arrancados de España por el mismo ímpetu. Era una palabra mágica la que los había arrebatado: libertad. Una palabra por la que los hombres perdían la vida y la libertad misma. Pero Teresa, en aquel tiempo, no creía tener que dar nada por ella; al contrario, creía que de ella podía esperar todo. Al ir hacia Portugal iban hacia el destierro, la miseria, la ignominia, pero ella iba hacia la ilusión, porque todavía no había visto el rostro del dios que adoraba. Y su esperanza era tan loca que cuando lo encontró creyó que sólo con verlo de lejos había alcanzado la meta de su deseo. Llevar en su mente grabados los rasgos de su cara, le parecía que era poseer algo. Ahora, en cambio, podía seguir con las manos el camino que antes recorría con los ojos, como el que cuenta su tesoro después de haber rodado por el mundo llevándolo guardado, después de haber cruzado con él a través de mil vidas distintas, porque también se llama vida a aquel agonizar, a aquel llorar a diario la muerte de los días que luego, ya en Londres, preludiaban el dolor entre la bruma, muriendo indefinidos, anulados por la promesa de noche que contenían; porque sólo la noche era deseable. Teresa pensaba entonces que la bendición de Dios soplabla la llama de la bujía, la licenciaba de su cautiverio, dejándola volar después de haber servido, de haber ardido y palpitado presa en el punto donde se obraba el milagro de su vida y que, una vez liberada por el sople divino, su ser vibrátil se pulverizaba, tomaba vuelo por el campo de la noche hasta cruzar sus fronteras y caer en el seno de la luz. Así, el alma, después de haber estado cautiva, cumpliendo su misión de alumbrar al entendimiento en sus tristes menesteres, se pulverizaba, se desmembraba en el sueño, atravesando un caos donde el cansancio tardaba mucho en remansarse, hasta que al fin alcanzaba una ribera sin riscos ni espinas, totalmente hermana.

Ese anhelo de evasión, en el que sólo la noche, larga, sin dificultades ni cuidados, compensaba del día, porque el día sólo tenía como triste novedad su mediocre y continuo problema, había llenado la primera época de su exilio en Londres. La ciudad extraña, encerrada en su niebla y más en su idioma impenetrable, se hacía sensible como perenne obstá-

culo, como incalculable dificultad de usos y costumbres. Desentrañándolos, poniendo todos los sentidos en los quehaceres más triviales, como si contuvieran valiosas enseñanzas, habían pasado los días. Aprender el camino para cruzar el río por el puente debido para llegar al centro de la ciudad, adquirir enseres para preparar la ropa contra el frío. Cuando la posibilidad de adquisiciones terminó y con ella la actividad casi en total, porque los recursos, ya escasos en Portugal, sólo alcanzaron para los primeros días en Londres, entonces empezó la sorda desesperación, el apremio de los minutos que sólo podían traer el extenuamiento y la muerte.

Teresa recordaba aquellos días en que, sentada junto a su hermana frente a la chimenea, contemplaban durante horas la lucha entre el fuego y el frío que pugnaban por vencerse. Apenas arrojaban un trozo de leña en las brasas, una banda de llamas parecía acudir, picoteándolo por todas partes. Sus melenas luminosas brillaban en las grietas de la corteza y en los agujeros, antiguos túneles de la oruga: allí se posaban tenaces, engordaban y su cuerpo se hacía denso, de un blanco luminoso. Entonces parecían sanguijuelas de luz que coleteaban obstinadamente prendidas al leño. Mientras ellas brillaban parecía haber un poco de vida en la habitación, pero al poco tiempo empezaban a languidecer, el tronco se desmoronaba y las melenitas de luz se hacían más livianas, hasta que se extinguían. Teresa y Matilde veían que el fuego tenía frío, buscaban ansiosamente por toda la casa y lo alimentaban con cajas de cartón; los papeles que envolvían sus compras, los residuos de su costura, todo iba a animar un momento aquel fuego que se empeñaban en sostener como una vida. Verlo brillar un momento era para ellas más necesario que su calor, hasta el punto de que, ya agotadas todas las posibilidades de mantenerlo, abrían la ventana y, sacando el cuerpo arrojado en toquillas, arrancaban de la fachada el esqueleto de una hiedra seca. Entonces volvían a reanimar el fuego con los débiles ramajes, que se consumían en un chisporroteo, sin llegar a producir suficiente calor para compensarlas de la cruda intemperie que habían afrontado. A veces se ensangrentaban las manos al arañarse con la pared áspera de granito: doloridas y heladas, se unían amigablemente en consoladora caricia y se quedaban largo rato quietas sobre una u otra falda, resignadas e impotentes, con desinteresada resignación, como si más que por lograr el propio alivio, se hubieran esforzado por llevar alimento a un ser querido.

El recuerdo de aquellos días era tan triste, tan vergonzoso, era un dolor tan sin gloria, padecido y guardado en el secreto de dos almas, que al volver a la memoria el pudor lo envolvía en lágrimas. Teresa vio a través de ellas que Espronceda la escuchaba atento, pero la narración no le había envuelto en su ola confusa, no se mostraba abrumado o arrasado por ella, sino, al contrario, más bien como arribado a una aclaración. Teresa observó que sus hombros se alzaban y su cabeza se movía como asintiendo a una revelación indubitable.

—¡No es eso! —gritó impetuosamente—. La explicación de todo lo posterior no es esa que crees encontrar. Todo lo que sucedió más tarde nunca habría sucedido sin otras causas más profundas. Ni el frío, ni el trabajo, ni la extrema miseria; hubo algo más asfixiante y tenaz, más certero, más capaz de hacer perder el equilibrio. Los tormentos de la adversidad se salvan siempre, si los golpes no son mortales; siempre hay algún medio de vadear la corriente. Pero no así cuando la adversidad tiene ojos humanos, ojos que nos buscan, que nos eligen entre mil, y que nos fascinan, trastornando nuestra voluntad. Eso que se llama las cosas de la vida no le lleva a nadie a perder. Lo malo es cuando uno no sabe cuál es su fuerza ni cuál es su debilidad, cuando todo no es ya más que un espejismo, porque nuestros sentidos no nos dejan tomar como reales las cosas que nos dan por verdaderas. Entonces no hay más que una salvación: cambiar de dueño. Sea el que fuere, inferior si es preciso, pero otro, con tal que nos hiera con su novedad. Algo que nos produzca siquiera una convulsión de asco, pero que salve de la muerte a nuestros sentidos.

Una larga historia, minuciosa, cotidiana; historia que por primera vez se presentaba a la mente de Teresa como tal historia. Una cadena de hechos que, al parecer, habían discurrido turnándose en su azar, de pronto se estructuraba, se articulaba y se dejaba ver erguida como un dragón.

En Londres, en una tarde profundamente invernal, habían sonado dos golpes a la puerta de Teresa. Estaba sola; su padre y su hermana habían salido en busca de quiméricos quehaceres, y el silencio se extendía por la barriada como una música. De cuando en cuando, aparecía a lo lejos en la calle un transeúnte; sus pisadas resonaban en las losas húmedas netamente, y las casas, calladas detrás de sus cortinas, se dejaban penetrar por el rumor de aquellos pasos que se acercaban, pasaban y

desaparecían. Teresa no sabía quién vivía en el piso superior de la suya, que constaba solamente de una planta baja y una mansarda. Al entreabrir la puerta, una voz pequeña, aniñada, preguntó:

—¿*Colonello Manca?*

Y, en desacuerdo con aquella voz, Teresa encontró una arrogante señora, envuelta en una larga capa de paño negro cerrada al cuello, una capotita atada bajo la barbilla y en la mano una bolsa de tapicería oscura.

Sin más que una ligera inclinación de cabeza, la señora siguió preguntando: «¿Manca, Manja, Mancia?», dando al nombre todas las variantes posibles en la lengua italiana. Teresa cogió una carta que le entregaba, en cuyo sobre se leía el membrete de una casa comercial donde su padre había pedido trabajo. La señora retuvo a Teresa por la mano en que tenía la carta y le hizo observar que aquel sobre traía dos direcciones: una la actual y otra tachada, que sin duda era la de alguna casa donde habían vivido antes. Teresa vio que así era, en efecto, y procuró explicar a la señora que habían olvidado mandar a la casa comercial su nueva dirección. La señora no atendía las explicaciones, como si supiera de antemano a qué obedecía todo aquello, y se esforzaba en hacer comprender a Teresa, siempre en italiano, los perjuicios que podía ocasionar a su familia aquel descuido. Teresa se excusaba continuamente por comprender tan mal, repetía por décima vez que no era italiana, sino española, pero la señora también sabía esto desde un principio, y se lo demostraba llamándola a cada paso *señorita*, porque también poseía unas cuantas palabras españolas. Podía componer dos frases: *usted debe* y *usted no debe*, y con estas dos frases, oportunamente mezcladas a su italiano, la dama obligaba a Teresa a comprenderla. La sitiaba, obstruyendo la puerta con su amplia figura; sujetaba la atención de sus ojos, clavando en ellos la mirada de los suyos, intensamente azules; mantenía un contacto persuasivo tocando frecuentemente con la punta de sus dedos la muñeca de Teresa, que no tenía más apoyo que la carta, a la que se asía fuertemente. Por este procedimiento le hizo comprender que era preciso informar inmediatamente a la casa comercial de la nueva dirección del coronel Mancha, porque acaso, con los días de retraso que ya llevaba, estaría a punto de prescindir de sus servicios, en el caso de que la carta dijera que le aceptaban. Pero Teresa *no debía* esperar la vuelta de su padre, porque, de hacerlo, sería un día más perdido, sino, inmediatamente, puesto que en la casa se hablaba español, poner

dos letras advirtiéndoles del cambio. Si lo hacía así, la dama misma se ofrecía a entregar la carta en la casa comercial, porque al ir a sus obligaciones tenía que pasar precisamente por la puerta y porque, además, el empleado que estaba en el primer bufete era, si no amigo, conocido suyo. Teresa dudaba, no comprendía el empeño por más que se sustentase en razonamientos clarísimos. Además encontraba mil dificultades para poner en práctica lo que se le proponía: no tenía papel, ni acaso tinta. En ciertas miradas confusas que dirigió al interior de la casa, la señora comprendió los inconvenientes que encontraba y los subsanó en seguida, sacando de su bolsa papel, sobre, un pequeño tintero de bolsillo y una pluma resguardada en contera de plata. Lo depositó todo sobre la mesa del vestíbulo, diciendo:

—Usted debe *scrivere*, señorita.

Después le indicó que copiase el nombre que figuraba en el membrete y que escribiera a renglón seguido lo que ella le dictaba:

—*Colonel Mancía abita attualmente...*

Teresa escribió: *El coronel Mancha habita...*

La señora le interrumpió rápida:

—*Sine... senza acca!*

Teresa la miró sin comprender. La señora repitió:

—*Senza, senza!*

Y señalaba la hache. Teresa no comprendía nada y repetía interrogante:

—¿*Sensa, sensa?*

La señora, con cierta irritación, le explicó:

—*Latino*, señorita, è *latino*.

Y posó su dedo sobre la hache, haciendo además de arrancarla con la uña. Teresa, comprendiendo al fin, empezó a decir:

—Perdón, señora, pero...

Y con un discurso temeroso y torpe convenció a la señora de que la hache en aquel sitio era perfectamente española y de que ella no podía haber sufrido una confusión con el latín porque no lo sabía. La señora cedió y su expresión voluntariosa se cambió en una sonrisa irónica, como si considerase el conservar aquella hache la lengua española, no conservándola la italiana, un alarde estúpido de tradicionalismo. Dictó un párrafo más de excusas por no haber enviado la nueva dirección y, mientras Teresa terminaba de escribirlo, se ajustó el lazo de la capota. Luego, arrebatándole la pluma, extendió ella misma el sobre, con rapi-

dez. Antes de marcharse dijo a Teresa que ella era la vecina de arriba y que el cartero le había confiado la carta para que explicase la causa del retraso. Empezó a guardar en la bolsa sus utensilios, pero de pronto arrancó de un cuaderno una hojita de papel, escribió unas palabras y se la dio a Teresa diciendo:

—*Mio nome.*

Con paso lleno de brío llegó a la puerta de la calle; allí volvió la cabeza para sonreír a Teresa y desapareció; Teresa leyó el papel: «*Mistress Helen Langridge.*»

La carta, en efecto, rogaba al coronel que acudiera sin demora a la casa comercial, donde se le facilitaría el trabajo solicitado. Al leerla por la noche el coronel, entre Teresa y Matilde, las dos se llenaron de alegría con la esperanza del próximo cambio, y Teresa contó a su hermana cómo había pasado más de media hora en la antesala, hablando muy animadamente con aquella arrogante señora. Teresa quería excitar la curiosidad de Matilde y le hizo un retrato brillante de la amable vecina. Le contó, sobre todo, el portento de haber logrado entenderla en un idioma desconocido, y le dijo que lo que más le había gustado en ella era que su conversación, aunque larga, vivísima y exuberante, no tenía nada de charloteo: se componía de frases muy firmes, cortadas y tan expresivas que no había medio de quedarse sin comprender. Aquella noche durmieron por primera vez confiadas y tranquilas porque, además de esperar una solución para sus dificultades materiales, se sintieron acompañadas, menos hundidas en aquel mar de desconocimiento que las rodeaba: habían empezado a comunicarse con otra vida que transcurría próxima a las suyas, en aquellas habitaciones superiores, de las que nunca había llegado hasta ellas más que un extraño rodar por el pasillo de algo muy rápido, que lo recorría unas cuantas veces al día.

La mañana deshizo pronto sus esperanzas. Cuando el coronel se presentó en busca del trabajo ofrecido le dijeron que, en vista de su silencio, lo habían otorgado a otro solicitante y que, cuando el día anterior había llegado la carta entregada por una señora, ya era demasiado tarde. Teresa y Matilde pudieron dar aquel día un giro nuevo a su desolación: acecharon los pasos de su vecina en la escalera y le salieron al encuentro cuando bajaba. Teresa le contó lo sucedido, y ella dijo solamente que era lo que tenía que suceder. En el piso de arriba se oyó de pronto el ruido que acostumbraba sonar por el pasillo y unos ladridos breves y chillones parecieron llamar a *mistress Langridge*. Esta gritó, fina y dul-

cemente, dos o tres palabras inglesas: los ladridos cesaron y unos pasitos menudos se alejaron de la puerta. Teresa sintió que la voz de mistress Langridge había afectado un matiz completamente afín con el ladrido, y de ahí aquella rápida y forzosa comprensión del perro; le preguntó:

—¿Qué le ha dicho usted?

Y mistress Langridge sonrió con malicia misteriosa, bajó los últimos escalones, miró a Teresa intensamente, levantó el dedo amenazadora y, volviendo a dar a su voz el mismo tono, dijo:

—*Dasy, sii buona.*

La relación entre los dos pisos se fue estrechando día por día: todo era consultado con mistress Langridge y casi todo desaprobado por ella. La dama insistía en que era enteramente forzoso cambiar, en total, el plan de vida de aquellas muchachas, sacarlas de su inactividad, encontrarles un trabajo digno. Para ello chocaban con el inconveniente de la falta de preparación. Constantemente insistía en que era necesario anunciar en la Prensa, y el padre de Teresa se negaba en redondo. Pero tanta presión hicieron sobre él, y la situación llegó a ser de tal modo insostenible, que él mismo resolvió hacerlo. Un día apareció en *El Emigrado Observador* un anuncio: «Las hijas del coronel Mancha bordan con el mayor primor brazaletes, sacando de esta industria auxilios para socorrer su indigencia honrada.»

El anuncio produjo en mistress Langridge verdadera indignación; gritó:

—¡Es cómico! Es cómico y estéril.

Invadió su cara aquella sonrisa de ironía que Teresa ya había visto otras veces. Cuando ocurrían cosas como aquélla, mistress Langridge sonreía con aguda y altiva ironía ante el misterio que creía ver cifrado en una extraña fórmula: firmeza e impracticismo, ascetismo y trivialidad, finura intuitiva y aldeana tozudez. Pero sonreía sólo cuando la veía encasillada en una columna periodística o en un signo ortográfico. Cuando levantaba los ojos y se encontraba con los de Teresa dejaba de sonreír, porque la veía en su fondo vasta y pura, clara y sombríamente fascinadora. Entonces, cambiando bruscamente de tono, salvaba de cualquier modo la situación:

—En fin, ¡quién sabe si al cabo traerá alguna utilidad!

En efecto, la trajo, aunque pequeña. Algunos envíos de piezas que debían ser ornamentadas aparecieron cuidadosamente envueltos. Junto a ellos se prestaron dos bastidores y un canastillo, donde las sedas de

colores se desmayaban como chorros brillantes, que no se confundían al mezclarse. Cajitas de cartón llenas de canutillo de oro y de abalorios, tijeras, punzones de marfil, pequeños dedales de acero. Cuando mistress Langridge veía trabajar a las dos hermanas, clavaba sus ojos en el canastillo con el desamor que algunas gentes ponen mirando el nidal de un bicho.

Teresa bordaba con el mismo esmero que su hermana, pero los elogios de mistress Langridge eran para Matilde. Cada vez que Matilde alzaba su mano, una linda palabra inglesa revoloteaba sobre el bordado: ligeros, tiernos, delicados adjetivos que mistress Langridge le ofrendaba. Después, en su italiano, que iba replegándose entre el español, recién adquirido y ya imperante, persuadía a Teresa de que no debía limitar a aquello su actividad. Al poco tiempo, el bastidor de Teresa empezó a pasar largos ratos abandonado sobre la silla; Matilde, con infinita paciencia, bordaba. Teresa estudiaba inglés en la habitación de mistress Langridge.

Era ciertamente el idioma inglés lo que Teresa pretendía aprisionar en un cuaderno y en su memoria; en ésta, además, los trazos fundamentales de la Historia Universal, penosamente arrancados a un manual italiano. Trazos que se personalizaban con ingobernable anacronismo, como vagas figuras de museo, en la inmortalidad de sus actitudes. Quiénes eran, cuál había sido su tiempo y su país, no llegaba jamás a ser para Teresa nada estable ni concreto, pero algunos tenían nombres magníficos y sus hazañas eran cuentos maravillosos. A éstos Teresa los retenía en su corazón, a los otros los olvidaba, les dejaba dormir, tendidos sobre las líneas del cuaderno, entre frases sin coherencia, desaliñadas. Por encima de todo aquello, el tiempo trotando sin avanzar, como un caballo al galope tendido, que amenazara llegar, pero que no llegase nunca. Teresa dejaba que su corazón se acelerase al ritmo de aquel presentido galopar y, mientras, sus ojos, que parecían atender con fijeza a las lecciones, cazaban en rápidos vuelos las imágenes vivas que la rodeaban.

En torno a ella, a sus costados, detrás e incluso del otro lado de la pared, las tres habitaciones de mistress Langridge le contaban sus secretos. Cuando entraba en aquella casa, le parecía entrar en un cuerpo. Aquellas tres habitaciones cobijadas bajo las haldas del techo, tan próximo en algunas partes que se alcanzaba a tocarlo con la mano, estaban organizadas con tan natural perfección como si pudieran vivir solas. En casa de Teresa todo estaba desmoronado por la pobreza, desequilibrado,

impedido; allí, los objetos, modestos unos, otros llenos de noble vejez, se sostenían entre sí, ocupando sus distintas jerarquías, componiendo un irreprochable orden de belleza y utilidad. En el dormitorio, además de la cama blanca y pequeña, había un canapé y una cómoda con espejo; en un rincón, resguardado por un biombo, un lavabo al que surtía un pequeño grifo instalado en la pared y diversos utensilios de limpieza. Al otro extremo del pasillo quedaba la cocina, en la que a veces se oía a *Dasy* beber agua, y la sala, que quedaba en medio, tenía cierta suntuosidad apacible: una gran ventana, una chimenea y dos armarios o alacenas llenos de porcelanas y de libros. En toda la casa un silencio límpido parecía velar para que nada impidiera al pensamiento recogerse en su labor. *Dasy*, en su almohadón, temblaba, tiritaba siempre cuando dormía, y cuando entraba alguien saltaba al suelo y corría a pedir una caricia. Entonces temblaba y sonreía; levantaba el bello de color de rosa sobre los dientecillos picudos, y entre la maraña blanca de sus pelos sus ojos negros miraban con una fijeza que, a pesar de ser tan brillantes, los hacía parecer vacíos. Era como si su alma, mansa y vaga, mirase por dos agujeros del cuerpo en que estaba presa, del cuerpo inquieto que a veces se precipitaba en locas carreras por toda la casa, recorriéndola dos o tres veces seguidas, haciendo sonar sus patitas velozmente y volviendo a su almohadón jadeante, asustada de aquella fuerza que la había arrastrado.

Teresa escribía en su cuaderno de inglés una sola frase inteligible; encabezaba con ella la primera página, y en las demás la ponía en los márgenes o al comienzo de las lecciones, como una salutación. Era la frase que mistress Langridge había gritado a *Dasy* en la escalera y que le repetía siempre cuando emprendía su loco ejercicio por el pasillo: «*Dasy be good.*» La escribía también por las mañanas con la punta del dedo en la escarcha de los cristales, como un conjuro que pudiera amansar a las furias, y al escribirla ponía en su letra una soltura y una expresión que sólo lograba en aquellas frases cuyo sentido le era íntimamente claro. En ella creía Teresa poseer todo el idioma inglés, entender el mandato a que todo quedaba sujeto bajo aquella bruma, en torno a aquel río, ante las agujas de aquellas torres. Imaginaba que cuando mistress Langridge salía a sus quehaceres, cuando escribía sus artículos para la Prensa, cuando asistía a las asambleas y congresos, toda su misión se reducía a desarrollar aquel tema. Y no sólo en su actuación profesional; en su vida privada, en su naturaleza misma, aquello era lo que mandaba. Lo llevaba impreso en sus actitudes, en cada uno de los detalles de su persona.

En su pelo, tan liso que parecía descender líquido desde la frente hasta el moño anudado en la nuca; en su traje de estameña negra, que con tal rigor ajustaba su busto y sus brazos. Teresa observaba constantemente sus manos desnudas sobre la mesa, que emergían de las mangas austeras, con una desenvoltura tal que hacía resaltar su desnudez. Sus dedos, largos, se doblaban por los nudillos como piernas; eran ágiles y desenfadados para coger la pluma, para martillar en la mesa, acentuando los conceptos con fuertes golpes del índice. Sus manos se exponían, libres de aquel traje que se ensañaba en contener el cuerpo, y reposaban en actitudes varoniles, seguras de poder mostrarse. Eran como la decisiva conclusión de los puntos antagónicos que vivían en conflicto dentro de ella. Eran, también, como esas raíces que rompen el tiesto y florecen. De su vestido, cerrado en el pecho por una larga fila de botones, que parecía estar allí testimoniando el reiterado propósito de abrochar, de oprimir y contener, se escapaban aquellas manos, con el resplandor carnal de su blancura, y también se escapaba, anulando todos los rasgos de su cara, su mirada penetrante, sin pudor.

En su conjunto austero, aquellos rebotes de belleza hacían pensar que iba adornada con el botín arrancado al enemigo o, tal vez, zon el enemigo mismo, vencido y asimilado en identificación voraz. El hombre, ansiado y envidiado a un tiempo, latía en ella como en posesión demoníaca; se evidenciaba a veces en sus discursos, en sus miradas avasalladoras, en sus anchos hombros, que resaltaban al inclinar el torso sobre los libros, hasta en su ligero olor a lavanda y en el vello dorado que brillaba alrededor de su boca y en la curva de sus mejillas, junto a la oreja. Pero la eclosión de esa virtud masculina que guardaba era un fenómeno que se obraba sólo en momentos triunfales; a poco decaía su brillo, porque su mente no mantenía el alto vuelo iniciado, o porque se atravesaba en ella el interés de algo práctico que anulaba la visión objetiva. Su voz entonces no acometía las notas graves; se hacía infantil, como si al abandonar la tónica lograda ambiciosamente no encontrara instrumento en el pecho de una mujer, amplio y verdadero, y se refugiase en la garganta de un niño.

Observando todo este fluctuar, Teresa dejaba pasar los días olvidada de sí misma. No llegaba a estar enajenada, porque su admiración era intermitente; cuando más deslumbrada se sentía por el espectáculo de aquel temperamento, una onda de piedad entibiaba su entusiasmo, desequilibrando el impulso de su admiración, sin que llegara jamás a

saber por qué, y entonces una angustia anuladora emborrionaba su alma, la llenaba de confusión y de ansiedad desesperada.

En aquel estado bajaba a veces a su casa y pasaba como sonámbula ante Matilde, que en vano esperaba una frase de ánimo, una sonrisa amistosa. Cruzaba entre los amigos de su padre, compatriotas que le hacían compañía en las tradicionales veladas de tresillo, y que siempre tenían para ella palabras amables y atenciones, sin verlos, sin saludar apenas, y se arrojaba en la cama rendida, agotada, abrasada en una especie de sed, en la que, mientras su corazón se consumía, su mente se afanaba en un ir y venir estéril, sin aplacarse jamás. La noche había dejado de ser la hora del reposo, habían desaparecido de ella el abandono y el ensueño, sustituidos por la cavilación y el recuento de sus deberes, en los que se afanaba, buscando sin encontrar entre ellos el rostro del Deber. Antes, cuando faltaba a alguno de sus pequeños deberes, veniéndolo después de una breve lucha, sentía que lo que atropellaba era algo dependiente de una entidad mayor, que acaso viniera a defender contra ella a su criatura. Ahora, en cambio, el deber era un conjunto eslabonado, que podía ser mellado en cualquiera de sus partes sin que sangrase nada vivo, y por esto mismo tal vez no incitaba a aquella cálida lucha. Teresa lloraba por no poder amarlo. Se encontraba indigna, torpe como una campesina, incapaz de adaptar su tosquedad a un medio superior. El recuerdo de la patria se empequeñecía en su alejamiento provinciano, y sólo aparecían ante ella grandes perspectivas desiertas, medrosas, por las que era forzoso avanzar hacia elevadas metas ideales. Ella no comprendía nada; nada de aquello la esperaba en la almohada. Venían pegadas a su pensamiento, martilleándole en los oídos, todas aquellas ideas que se embutían en su cabeza y hervían allí durante muchas horas, impidiéndole cerrar los ojos. Ella, que siempre se había llevado a la oscuridad de su cuarto imágenes borrosas, nobles, adorables, ahora llegaba cargada de preceptos y se desorbitaba tratando de ver en la sombra el cuerpo de uno de ellos que le inspirase el deseo de tender los brazos. Pero la noche pasaba sin haber podido abrazar un solo fantasma, y por la mañana bullían aún, pero ya con rumor más tenue y lejano, como el murmullo de un torrente cuando le va el viento en contra. Teresa, sin embargo, seguía en su constancia meditando mientras calentaba en la llama de un papel las tenacillas con que agrupaba bucles a los lados de su cuello, y, como meditaba ante el espejo, deshacía una y otra vez su peinado, insatisfecha, incómoda, diciendo:

—¡Esto no me va, esto no me sienta bien!...

Y lo que causaba su desasosiego no eran los bucles, sino aquello, ¡aquello que no se adaptaba a su alma!

Los meses transcurrían; finalizaba febrero y Teresa seguía su laboriosa instrucción junto a mistress Langridge. Aunque el inglés adquirido no lograba pasar de quinientas palabras, a pesar del enorme esfuerzo, Teresa la acompañaba a muchas reuniones y conferencias, donde su gravedad y melancolía causaban admiración y extrañeza. Por las mañanas, cuando mistress Langridge volvía de hacer sus compras, Teresa subía detrás de ella y le andaba alrededor mientras resolvía sus breves quehaceres domésticos, que, generalmente, se reducían a poner en agua unas cuantas legumbres que bastaban a su alimentación. Un día, al subir tras ella, notó una novedad: mistress Langridge traía en la mano un ramito de narcisos. En cuanto dejó la red de sus compras, empezó a explicarle que aquellas flores anunciaban la primavera y que no había hogar, por modesto que fuera, que no adquiriese en cuanto aparecían en el mercado aquellas queridas flores.

Mistress Langridge dividió el ramito y ofreció la mitad a Teresa, que corrió al espejo y prendió las flores entre su pelo. Pero a poco de mirarse las quitó y se volvió a mistress Langridge, diciendo:

—No hay medio de poner una flor amarilla junto a la cara.

Mistress Langridge tenía ya las suyas en un vaso sobre el poyo de la ventana. Miró a Teresa duramente y repuso:

—Lo que no hay es ninguna necesidad de ponerlas en ese sitio.

Teresa sonrió con embarazo; alzó las cejas y los hombros como diciendo: «¿Por qué no?...» Pero observó que los tallos de sus flores se habían quebrado con la presión de la horquilla y esto la abochornó. Los narcisos de mistress Langridge lucían en el vaso tanto que parecía que toda la luz que entraba por la ventana se refugiaba en sus cálices amarillos: ardían como lamparitas, sobre el gris que llenaba el espacio de la calle. Algo deplorable había pasado. Teresa convenía en ello, pero no sabía explicarlo. Un silencio penoso se difundía, inexpugnable, y en él se hacía más patente la inquietud de *Dasy*, que miraba a una y a otra, angustiada por aquel silencio. *Dasy* aquel día temblaba como nunca y de su garganta salía un quejido temeroso, como un llanto o como una llamada a la que nadie respondía. Se arrojó del almohadón y corrió locamente por el pasillo; volvió a sentarse y a sonreír, lloriqueando entre su sonrisa. El silencio no se rompía.

Teresa dio unas cuantas vueltas por la habitación afectando naturalidad. Sobre una mesita había un paquete medio desenvuelto, y Teresa vio que contenía algo de lo que ya mistress Langridge le había hablado: una cruz de ébano que un misionero traía de Oriente para ella. Teresa la llenó de elogios, la tomó en sus manos, la miró en todos sentidos, diciendo:

—¡Es maravillosa! ¡Qué admirable madera! Parece una piedra pulida.

Mistress Langridge vio consternada que por la cabeza de Teresa pasaba una idea impertinente y se dispuso a recibirla. Teresa recorría con sus dedos los brazos de la cruz, como buscando algo en su tersura, y preguntó al fin, aunque más bien afirmando que interrogando:

—Esta cruz, ¿nunca tuvo un Cristo?...

Mistress Langridge respondió enérgica:

—Mi religión...

Pero se detuvo. Su discurso, acometido con brío y firmeza, iba a constar de dos o tres fundamentos incontestables, pero de pronto se sintió desfallecer. Vio que los ojos de Teresa la devoraban, vio que la pregunta que había en ellos era tan extensa y tan insaciable que no se contentaría con menos de sorber en sus explicaciones toda la sabiduría humana, y se sintió sin fuerzas para saciarla. Escondió su convicción en una breve respuesta evasiva, lanzada como al descuido con su voz pequeña: «è *così*». Teresa se apiadó de su desfallecimiento y volvió a sentirse culpable. Comprendió que el ánimo de mistress Langridge se había conturbado mucho. Aquellas dos palabras italianas, que se le habían escapado involuntariamente, delataban su gran alteración.

Teresa no había lanzado aquella pregunta inoportuna con intención de herirla. Había vuelto a pasar otra cosa deplorable, de la que tampoco podía dar disculpas. Había vuelto a abrir paso a aquella onda de silencio asfixiante, en cuyo fondo se volvía a oír el llanto de *Dasy*. Teresa, completamente imposibilitada de hablar, alargó sus manos a la perra, que vino a mordisquearlas. *Dasy* se tendió sobre el lomo, enseñando su panza sonrosada, lanzando pequeños ladridos y revolviéndose en locas convulsiones cuando Teresa acariciaba sus flancos. Su excitación era tan violenta que, de cuando en cuando, se escapaba a sus veloces carreras y volvía a echarse a los pies de Teresa para ser acariciada. Otras veces se quedaba en el fondo del pasillo, tendiendo la oreja en espera de que la llamasen, y Teresa, por hacer oír su voz, la llamaba con los más dulces nombres:

—¡*Dasy*, chiquitina! ¡*Dasy*, preciosa, ven aquí!

Al mirar Teresa hacia la puerta para ver aparecer a *Dasy*, se encontró con los ojos de mistress Langridge que brillaban con cruel ironía, mientras repetía en voz baja:

—¡Preciosa, preciosa!...

Y después, mirando a Teresa con fijeza:

—*Tanto bella com'indegna.*

Teresa cogió en sus brazos a la perrita, consolándola con sus caricias del insulto que no podía herirla. En la puerta, que había quedado entreabierta, sujeta sólo por la cadena, la voz del cartero pronunció con reverencia el nombre de mistress Langridge, y dos dedos asomaron por la rendija sosteniendo una carta.

Los incidentes de la mañana habían grabado en el rostro de mistress Langridge signos de contrariedad y amargura; pero al ir leyendo la carta que temblaba en sus manos, su semblante recorrió toda la escala que va de la confusión a la cólera. Apoyó el dorso de la mano en su frente, como rechazando con la palma algo que intentara imponérsele desde fuera, y en esta actitud cruzó la habitación en dos o tres sentidos, completamente fuera de sí. Teresa no se atrevía a hablar, pero las muestras de desesperación eran inequívocas y mistress Langridge no se recataba. Al fin, a una tímida pregunta de Teresa, arrojó sobre la mesa la carta, de cuyo sobre se escapó una pequeña tarjeta, y contestó sordamente:

—*Debo andare da Blake.*

Teresa recogió la tarjeta y leyó: «Miss Ginever Blake invita a usted esta tarde en su *atelier*.» Aquello no aclaraba nada; pero tranquilizada en cierto modo, Teresa se atrevió a rogar a mistress Langridge que se calmase, que dominara un poco sus nervios, lo suficiente por lo menos para explicarle quién era Blake y qué poder tenía para descomponerla así. Mistress Langridge miró la carta sobre la mesa, como para afirmarse en su existencia, y, viéndola allí, inexorable, sabiendo que tenía que obedecerla, accedió a la idea de desahogarse contando su tribulación.

Miss Blake no era más que una mujer mundana, situada en la más íntima y feliz relación con la alta sociedad, por la que era admirada, adorada. Aquella mujer había mandado su invitación al periódico y el director, sin tener en cuenta sus convicciones, sin advertir que era insensato poner frente a frente a dos mujeres de tan distinta calidad moral, se la transfería simplemente por el hecho de ser ella la encargada de reseñar en el periódico los acontecimientos del mundo femenino.

Ella había creído siempre que el periódico en que trabajaba era un diario honesto. Ciertamente, no pertenecía por entero a las creencias últimas, las únicas en que se podía tener esperanza si se deseaba la verdadera regeneración de Inglaterra, pero siempre había acogido bien sus trabajos críticos, en los que no había una línea que no fuera de la más rigurosa austeridad, de la más implacable censura para todo lo mundano. Por otra parte, sus amigos no estaban lo suficiente afianzados para prescindir de todo apoyo fuera de ellos; más bien eran combatidos, de modo que romper con el periódico, su ingreso más positivo, era, por el momento, imposible. Y en la carta del director veía, bien terminantemente, que no había medio de negarse a reseñar la exposición que miss Blake hacía de sus trabajos efectuados en Italia. Aquella mujer tiranizaba a todo Londres, y seguramente había puesto un empeño especial en conseguir la aquiescencia de la Prensa más respetable, tanto para imponerles su poderío como para adornarse también con la opinión de las gentes honestas. Era un insulto, una humillación insufrible, tener que ponerse en contacto con ella. Mistress Langridge no la conocía personalmente, pero conocía su leyenda y eso le bastaba.

Teresa se sintió feliz de poder ayudar a mistress Langridge a levantar su ánimo. Por haberla afligido antes con su impertinente proceder, ahora su corazón desbordaba de adhesión a ella y ponía a prueba su inteligencia, buscando brillantes argumentos para corroborarla en la superioridad de su posición, que ningún mandato ni obligación impropios podían enturbiar. Era absurdo conturbarse de tal modo por una vicisitud enojosa. Mistress Langridge, se hallara donde se hallara, no descendería de la altura de sus convicciones. La misión que iba a desempeñar en casa de aquella señorita tenía, sin duda, un móvil meramente informativo que justificaba su presencia. No era necesario que ella atendiese a otra cosa: podía entrar, examinar los cuadros y marcharse, sin pararse en más. Luego, en el artículo que hubiera de dedicarle, bien sabría formular un juicio exacto sobre su pintura haciendo notar destacadamente las diferencias de otra índole que la alejaban de ella.

Las palabras de Teresa obtuvieron un efecto mágico. Mistress Langridge renació en ellas, logró la plenitud del que ve la realidad de su ser en la creencia de otro. Era un impulso y un compromiso: no podía defraudarlas. Tenía que ser digna de la visión que Teresa se formaba de ella y la acogía con modestia, con precavido escepticismo, haciéndose a sí misma víctima también de su ironía, pero pronto empezó a pactar.

Podía, en efecto, ir allí antes de que aquella poco grata sociedad estuviese reunida... Teresa se atrevió a proponerle su compañía. Si sospechaba que podía ser acogida fríamente, o que podía ocasionársele alguna situación violenta por no serle fácil aislarse de las personas con quienes no quería conversar, era mejor que ella la acompañase, y así, en todo caso, podían mantenerse distanciadas. No tenían por qué tomar aquello como una invitación, sino sólo acudir con el fin que a mistress Langridge incumbía.

Mistress Langridge alcanzó con aquello plena seguridad y confianza: no halló inconveniente en hacerlo así, y desde aquel momento la firmeza que Teresa le prestaba fue el arma con que se dispuso a afrontar la batalla. Pasó por su mente la idea de que acaso no fuera conveniente para Teresa conocer aquella mansión brillante y tentadora: era sin duda un clima malsano para sus pocos años. Pero prescindir de ella la descorazonaba, como si no se creyera capaz de demostrar su fortaleza más que teniendo junto a sí un testigo lleno de verdadera fe. Se propusieron salir a las cuatro en punto.

Nunca las húmedas calles de Londres fueron para Teresa tan risueñas y amenas. Bajo un sol tímidamente filtrado por ligeras nubes, cestos de fruta se exponían a la puerta de los comercios y las muestras de los sombrereros y de los herbolarios se balanceaban, leves, en la corriente del viento. Durante el trayecto hablaron de mil cosas, todas ajenas a la empresa que las llevaba. Así, cuando mistress Langridge se detuvo ante una puerta, Teresa no pudo evitar cierto sobresalto.

Fueron pronto conducidas al estudio de miss Blake. Desde un rincón, una voz clara y fina exclamó:

—Perdón, termino en el acto.

Miss Blake soltó un grueso pincel y se deshizo de una blusa de trabajo con que se cubría. Mistress Langridge se excusó por llegar demasiado pronto, aludiendo a los quehaceres que la esperaban más tarde. Miss Blake sonrió quitándole importancia y dijo que ella tenía que excusarse por estar aún barnizando un cuadro. Mistress Langridge hizo de Teresa una imperceptible presentación y la pintora le dirigió un ligero saludo. Pero al hacerlo, sus ojos se detuvieron en el rostro de Teresa y entonces le cogió una mano y la oprimió entre las suyas tan familiarmente, que Teresa se sintió dominada por una confianza desconcertante. Sentadas en sendas banquetas de trabajo, llenas de secas pinceladas de pintura, empezaron a hablar. Teresa pasó todo el tiempo

contemplando a miss Blake, que, bañada en la luz de la claraboya, se exponía ante ella.

Miss Blake era como una estatua de oro. No había en ella nada que relumbrase, nada que excediera del más exquisito y comedido adorno: los tonos de su traje no eran, precisamente, los del oro, sino los de la tierra: un sencillo vestido de paño color avellana, ajustado al talle y de amplia falda. Su pelo, casi del mismo color que el vestido, descansaba sobre el largo cuello en una lazada de trenzas brillantes, y sus joyas eran tan modestas como todo su atavío: un grueso collar y pendientes de viejos corales, aderezo de campesina italiana. Sin embargo, de aquella figura sólo una idea se desprendía: por encima de la idea de belleza o de arte, la idea de riqueza la rodeaba como un halo. Estaba en la gallardía de su cintura, que, tan fina y flexible, sostenía el busto; en sus ojos azulverdosos, que, bajo delgadas cejas, se abrían al mirar, con recta mirada; en sus dientes, que reían entre los labios tersos, más pálidos que los corales del collar, en sus movimientos, en el pesado bajo de su falda que con vuelo majestuoso acompañaba sus pasos. Teresa la vio levantarse, ir al fondo del estudio y volver con una carpeta que apoyó en su rodilla para mostrarles los dibujos, sosteniéndola con sus brazos largos, en la actitud de una musa.

En un principio, Teresa no prestó atención a los dibujos que contenía la carpeta, pero a poco empezó a notar que la misma belleza plena nutría las láminas, en una sucesión de líneas puras y ricas, de expresiones nobles, serenas, altas. Allí había estudios en los que simples fragmentos del cuerpo humano surgían elocuentes del esbozo, afirmándose, depurando y definiendo sus líneas hacia un punto en el cual los índices de las manos, violentamente escorzadas, parecían señalar con indubitable relieve y los pies marchar con pesada blandura. Había estudios de pastorcillos reposando entre retamas floridas, con guedejas negras y ojos oscuros, mujeres de la campiña romana con el chal doblado sobre la cabeza y negros *bandeaux* relucientes junto al óvalo puro de la cara; paisajes donde las cabras pacían al pie de los cipreses.

Miss Blake las condujo ante los cuadros. Habían pasado un rato en el compartimiento del estudio dedicado a taller, y antes de salir de allí Teresa lo revisó todo con una rápida ojeada: advirtió una gran luna de espejo sin marco, sujeta a la pared con garfios, a ras del suelo. Ante ella un grueso fieltro de color de arena. En un rincón, dos maniqués de madera, articulados, parecían secretar más allá de la vida. Sobre una

mesa de mármol, piedras de moler colores y botes alineados. Todo este material, que delataba tan difícil empleo, daba como resultado los cuadros que encontraron al pasar a la gran nave alfombrada de rojo. Eran pulcros y casi cristalinos, parecían surgidos de la pura fantasía; parecían, más bien, ventanas prodigiosas sobre campos edénicos por los que pasaban figuras pensativas, enlazadas, entre ruinas que escalaba la hiedra; o criaturas solitarias que, con amarillos libros en la mano, arrastraban sus chales por entre los acantos y las zarzas.

Mientras Teresa contemplaba todo aquello, miss Blake hablaba de Italia, de aquel mundo antiguo cuyas columnas caídas en tierra había abrazado de rodillas como a muertos queridos. Después empezó a hablar de los maestros flamencos y alemanes, que también había estudiado porque su ascendencia materna era germánica y los sentía muy próximos a ella. Atrajo un caballete que, más apartado, permanecía cubierto con un damasco y lo expuso ante sus visitantes.

Sobre un fondo de mirtos, cuya espesura rompía a trechos el cielo azul, como una perla en su estuche, Eva recostaba el torso en el tronco del árbol eterno. La serpiente, junto a su mejilla, guiñaba los ojillos malignos y ella sonreía serena, con grandes ojos verdosos y labios rosa pálido. Aquel cuerpo, tan puramente descubierto, resplandecía con un encanto de eficiencia avasalladora, con una riqueza que parecía sostenerse milagrosamente sobre los tobillos finos y los pies tan delicados como si nunca hubieran pisado más que sobre alfombras.

Teresa se sintió terriblemente angustiada por la evidencia de lo que tenía ante los ojos. Habría querido preguntar algo que ya sabía, pero ¿cómo aludir? Estaba harto patente. Más bien había que encubrirlo, desviar la atención de mistress Langridge, de la que Teresa ya casi se había olvidado. Buscó con los ojos cualquier objeto que le permitiera hacer una observación trivial, hablar de algo diferente. Vio sobre una mesa los tarjetones que contenían el catálogo, con el nombre de la autora y los títulos de los cuadros bellamente impresos; tomó uno y preguntó a mistress Langridge si el nombre de miss Blake tenía traducción al español. Miss Blake se cubrió la cara con las manos y, riéndose, empezó a protestar de que se hablase de su nombre, porque le parecía horrible. Mistress Langridge asintió, con fría sonrisa: en inglés, ciertamente, era algo absurdo. Pero Teresa quería saber y al fin arrancó a mistress Langridge la traducción: Ginebra. Miss Blake, fingiendo desesperación, fue hasta un saloncito contiguo al estudio; Teresa la siguió,

asegurándole que a ella le parecía precioso. En el salón ardía una gran llama en la chimenea, que hacía temblar en la pared la sombra de un enorme ramo de rosas de Francia. Miss Blake había entrado allí sólo para coger una bombonera, porque era demasiado pronto para ofrecerles té. No consiguió que mistress Langridge aceptara ni un caramelo, pero Teresa no pudo menos de ceder a la mirada franca que la invitaba.

Iban a despedirse, pero en aquel momento sonó la campanilla, se abrió la puerta y una dama irrumpió en el estudio. Miss Blake fue hacia ella, la dama la besó en las mejillas y con un movimiento de impaciencia hizo girar su mirada por todos los cuadros. Después, cogiendo a miss Blake por las manos, exclamó:

—¡Qué suerte! ¡Soy la primera en ver este portento!

Rodeó con un brazo la cintura de miss Blake y la llevó hacia los cuadros para seguir contemplándolos junto a ella. Pero miss Blake volvió la cabeza hacia sus silenciosas visitantes, que se dirigían ya a la puerta disponiéndose a salir. Allí se detuvieron haciéndole una pequeña reverencia, pero miss Blake se desprendió del brazo de su amiga y vino hacia ellas. Agradeció a mistress Langridge su visita y, lo mismo que a la llegada, con un gesto franco y sin palabras, apretó entre sus manos la de Teresa.

El reloj de una torre que asomaba al fondo de la calle convenció a Teresa de que la visita había durado veinte minutos. Habían pasado allí cosas sólo concebibles en el sueño: una nueva faz del mundo se le había mostrado, tan extensa que se necesitarían siglos para recorrerla. Pero no podía comunicar lo que sentía. Comprendía que para mistress Langridge había sido una prueba horrorosa, sobre todo porque ella, en realidad, la había abandonado: había ido allí para acompañarla y, nada más llegar, había desertado, la había dejado sola, hundiéndose pesadamente entre las cosas fluidas y transparentes que habían surgido. Aún seguía abismada bajo ellas; Teresa la veía marchar a su lado silenciosa y quería ayudarla, quería sacarla de aquella sima, pero no sabía cómo. Se encontraba enteramente desarmada para tal empresa, porque ella no era capaz de acción más que cuando todo su ser, con conciencia o sin ella, se disparaba hacia algo, y ahora lo que sentía no era más que un escrúpulo, una insatisfacción de su propia conducta, pero el éxtasis de minutos antes seguía poseyéndola. Así iban las dos en silencio y el camino que desandaba era interminable, en la misma medida en que al ir había sido imperceptible.

Cada una de ellas sentía a su lado la presencia de la otra, y cada una creía que sólo el silencio podía ser un bálsamo sobre la brutal desgarradura que acababa de producirse. Cada una medía, a su manera, las dimensiones del mal. Mistress Langridge no se resignaba a ser vencida por un golpe tan rápido. Sobre todo, no quería confesarse que podía serlo; ella creía conocer a Teresa, le había dedicado muchas horas, iba logrando el desarrollo de su mente y descubriendo, bajo su aparente indolencia, un temperamento de infrecuente riqueza. Recordaba el día en que los había visto llegar, cargados de maletas y bultos. Ella había sido ya informada de que el piso de abajo lo habían alquilado unos emigrantes españoles y, al oír ruido en la escalera, tuvo la tentación de asomarse un poco a mirar con disimulo: esperaba algo pintoresco, tal vez trajesen monos. Pero a primera vista la decepcionaron: eran unos personajes muy corrientes y sólo una gran pobreza se destacaba en ellos. Ya iba a retirarse, cuando el viejo señor dejó caer su llavero y varias llaves se desparramaron en el rellano; las dos muchachas empezaron a recogerlas, pero la escalera estaba apenas alumbrada por un farol de cristales ahumados. Ella no entendía sus palabras, pero veía por sus actitudes que se quejaban de la oscuridad. Teresa, entonces, que ya había echado atrás la toquilla que traía a la cabeza, miró al farol levantando la cara. Estaba claro que hablaba de limpiarlo, porque lo señalaba y seguía con la cabeza levantada como calculando qué medio habría de llegar hasta él. El rellano de arriba, más alto que el farol, quedaba en la sombra; allí ella había podido seguir, sin ser vista, admirando un rostro mucho más extraordinario que todo el tipismo exótico esperado. La cabeza de Teresa, emergiendo de la sombra, recibiendo de lleno la triste luz del farol sobre sus rasgos de una suprema tristeza y, al mismo tiempo, de una fuerza casi sobrenatural, parecía, por el sobresalto y la fascinación que emanaba, la de una hechicera. En aquel mismo momento había decidido establecer contacto con aquella gente, que imaginaba mucho más extraña de lo que su aspecto exterior delataba, y no lograba proyectar un plan medianamente razonable, hasta que el cartero apareció un buen día con la carta de dirección confusa. Aquel subterfugio no podía parecer razonable a nadie, pero obró como si lo fuera, y después había pasado todo un invierno. ¡No, no era posible! La proximidad, la comunicación, había sido demasiado intensa para que un choque tan vano pudiera vulnerarla. Y, sobre todo, Teresa no tenía ni una sombra de inclinación al mal, no tenía un alma en la que pudiera arraigar el vicio.

Al cruzar una calle pisó en falso y se torció un tobillo. Teresa trató de sujetarla, creyendo que iba a caerse, pero ella no se dejó coger por el brazo, negando con el gesto su traspíe o quitándole importancia. Sin embargo, el dolor había sido grande y necesitó un esfuerzo enorme para seguir andando al mismo paso que Teresa, pero siguió. Calculó que todavía le faltaban más de doscientos metros para llegar a casa y temió que le fuera imposible andarlos. Midió con ellos su resistencia y confió en ella: fijando toda su atención en el dolor le parecía que iba acompañada y, en efecto, iba. El dolor, como un compañero perverso, iba agarrado a su tobillo y desde allí mandaba ondas implacables que, a cada paso, subían hasta la espalda. Pero su poder infernal no se limitaba a mandar ondas de dolor al cuerpo; en la región más intacta de la mente, allí donde la Memoria hace brotar sus sortilegios, apareció de pronto la imagen radiante de Ginever Blake cruzando el estudio. Ligera y soberana en su mundo, entre sus cuadros y sus rosas, y le parecía que con aquella mirada recta la interrogaba, como pidiéndole una explicación rigurosa de sus vagos conceptos: «¿El mal?...» «¿El vicio?...» Y era difícil, era dolorosísimo explicar. Torrentes de recuerdos brotaban de su tobillo dolorido; horas escolares, en las que como un nublado pesaba sobre ella un problema matemático y había que buscar, había que comprobar soluciones, una operación tras otra, y el número —sin cuerpo— seguía inaprehensible. Así, buscar entre aquellas formas decantadas por el espíritu, escritas por él en la materia, ¿cómo encontrar el negro cero, el mal, el vicio? Y, sin embargo, estaba allí; ella estaba segura. El dolor era tan intenso que cada vez le costaba más trabajo dominarlo y andaba despacio, afectando un aire distraído, esforzándose, sobre todo, en no cojear, en no dar a sus pasos un aire ridículo. Entonces pensó que «el mal» también estaba en ella; también a ella podía dominarla con una tentación de vanidad. Porque, se preguntaba, ¿cómo pudo ocurrírsele llevar consigo a Teresa?... Ella no conocía a miss Blake, pero conocía la fama de su belleza y su juventud: había tenido miedo de afrontarla. ¡Era eso!, era eso, sin la menor duda, lo que la había impulsado a llevarla: se había adornado con ella. No había tenido valor para ir ella sola, con su traje negro. Teresa, ahora que en su casa entraban unos ingresos tan ridículos que a otras familias no les darían para sostenerse, hacía milagros con cualquier trapo comprado en un saldo y la modestia de su indumentaria no carecía nunca de gracia ni de frescura. ¡Y ella se lo había criticado mil veces! ¡Le había reprochado que gastara tanto tiempo en aquellas frivoli-

dades! Luego, en el momento grave, ella misma la había tomado como un adorno, como una flor. Claro que eso demostraba hasta qué extremo la consideraba cosa suya. ¡Y lo era; nadie podría negárselo! Ella estaba cultivando aquella planta salvaje, y estaba segura de llegar a conformarla y conducirla paralela a su propia vida, porque ésa es la verdadera posesión. Ciertamente, Ginever Blake había hablado muy poco y nada que no fuera sobre pintura; lo temible no era un cambio de ideas, un concepto más poderoso que los suyos... No, no. Lo temible era aquel elemento, aquella cierta fraternidad que había sorprendido en sus miradas. Blake no trataría jamás de arrebatársela, pero quién sabe si por una ley de gravedad metafísica, sus destinos las llevarían a una confluencia... En cambio, hacia ella, Teresa no había ido por un impulso natural; ella la había descubierto bajo la luz del farol ahumado y había logrado capturarla en la antesala de su casa miserable.

Sólo faltaba cruzar una bocacalle más, seguir por la acera de la izquierda y, doblando la esquina, entrar en el portal. Aquello ¿era una legua?, ¿era dar la vuelta al mundo? Era, en todo caso, agotar el último residuo de sus fuerzas. Teresa, por suerte, no había andado leve y rápida como otras veces; ella también había acortado el paso, ella también parecía abismada o, tal vez, retenida por lazos difíciles de romper...

—Teresa no hacía por romper aquellos lazos, sino, al contrario, por conservarlos intactos. Solamente los apartaba con esmero del momento actual y buscaba su deber desertado. Veía que ya quedaban muy pocos pasos para entrar en casa y no quería que llegaran a separarse sin que mistress Langridge recibiera de ella una mínima muestra de adhesión, una partícula de la confortadora compañía que le había prometido. Y, sin mirarla casi, la veía llena de cólera destruyendo, demoliendo el mundo mágico que acababan de atravesar. Era necesario hacerle creer, aunque fuera un momento, que ella la secundaba, era necesario encontrar un medio de impedir que siguiera hundiéndose en su naufragio. ¡Un medio cualquiera, aunque fuese vil!

Volvió a la memoria el nombre de miss Blake y se lanzó a hablar. Dijo que no comprendía el empeño que había puesto miss Blake en decir que su nombre era feo. En España es un nombre sumamente poético, lleno de sugerencias. Seguramente adoptaba esa postura por coquetería: a ella no le había parecido sincera en aquella ocasión. No obtuvo la menor respuesta y aventuró la pregunta directa:

—¿Usted cree que lo ha dicho sinceramente?

Pero mistress Langridge no estaba dispuesta a responder a ninguna pregunta parcial. Podía seguir callando, pero si hablaba era para decir algo que la definiese totalmente. Miró a Teresa para ver si mantenía su pregunta, y al encontrar la mirada franca que, en aquel momento, le parecía marcar una casta, un ramillete humano, algo se sublevó dentro de ella con tal furia que borró el dolor. Entró con dos o tres largos pasos en el portal y contestó de modo escueto y definitivo:

—*E un serpente.*

Al llegar a la puerta de Teresa, se dijeron: «Hasta mañana.»

Teresa, durante toda la noche, estuvo pensando en lo inútil que era seguir la discusión: nunca podrían abordar con serenidad aquel tema, que con tanta frecuencia iba a ocupar la imaginación de las dos. Un corte total, un cambio de plano, las separaba de aquel mundo entrevisto, del cual habían caído a su abismo de silencio. Solamente se le ocurría preguntarse por qué habían ido. Veía lo innecesario de su visita. Mistress Langridge no había sido llevada allí ni con ánimo de ofender sus principios, ni con propósito de aprovechar su aprobación, que no podía enaltecer en nada a aquella excelsa criatura. Le parecía verla aún, en una ribera florida y ya lejana, enlazada por el talle a su amiga, diciéndole adiós con sus ojos claros, que antes de ir no la esperaban, que no la habían llamado ni a ella ni a su hostil compañera. A otro Londres se daba acceso por aquella puerta y resultaba inconcebible que no estuviese guardada por mamelucos, por perros con carlanças. ¿Dónde estaba la muralla invisible que impedía la comunicación? ¿Qué salvoconducto era necesario para atravesarla? Tal vez sólo un engaño, como el que las había llevado aquella tarde, pero ese falso papel no sirve más que para una vez; no sirve más que para conocer lo que hay detrás de la puerta y saber que está y estará cerrada.

Al día siguiente, mistress Langridge no volvió a casa hasta media tarde. Salió temprano y Teresa la esperó en vano toda la mañana. A las cinco, al fin, la oyó volver; Teresa subió al poco rato. La puerta estaba sólo sujeta con la cadena y, por la rendija, Teresa vio que mistress Langridge estaba sentada en una silla baja, haciendo tragar a *Dasy* cucharadas de un líquido que tenía en una taza. Cuando oyó a Teresa en la puerta dijo:

—Un momento; abro en seguida.

Vino con *Dasy* en brazos, y Teresa preguntó si estaba enferma. Mistress Langridge, poniéndola en el suelo, dijo:

—Muy poca cosa.

Pronto estuvieron dispuestos sobre la mesa los libros y cuadernos de todas las tardes. Al tomarlos del estante, Teresa vio al lado una cajita de la farmacia, leyó lo que estaba escrito en su tapa y comprendió: lo que tomaba *Dasy* era una dosis de bromuro. Había cogido la caja para leer la etiqueta, pero la dejó en seguida, procurando que mistress Langridge no la viese con ella en la mano.

El último rayo de sol moría en la ventana, que estaba entreabierta y dejaba pasar de cuando en cuando ráfagas de aire que ya empezaba a ser tibio. Los narcisos se estremecían en el vaso, aleteando, como si pudieran escapar en ellas. Fue preciso cerrar y empezar el estudio. Pero el estudio no podía empezar. No podían seguir el plan progresivo y lento que había servido en las tardes invernales, cuando el estudio parecía una actividad buena para desarrollar entre dos sobre una mesa, en el estricto campo de una página, mientras, fuera, las gentes afrontaban la lluvia y la nieve, pasaban los alegres ómnibus ruidosos y los escolares armaban sus peleas. Ahora habían abierto la ventana y la vida había entrado por ella, conturbando la atmósfera de recogimiento. Dos corrientes se habían mezclado, heterogéneas, como dos líquidos de diferente densidad, y producían torbellinos sin acabar nunca de calmar su vorágine. Además, en medio de ella, hundiéndose en el silencio de su fondo, un hecho, simple al parecer, se destacaba en su negrura. Teresa se perdía en aquella confusión y no luchaba por poner orden en sus ideas: se abandonaba ante el hecho silenciado, se abismaba con él, se defendía contra toda cosa que la obligara a dejar de considerarlo. Era inútil que mistress Langridge intentase salvar aquella fuerza arrolladora resbalando sobre ella, cediéndole una mitad de la energía, cortándola en línea oblicua. La atención de Teresa era inaccesible, aferrada a aquel punto aislador, totalmente embargada por él. Y mistress Langridge hablaba, hablaba. Teresa tenía el lápiz en la mano y, para no hacer saltar la punta, desahogaba su crispación con los pies, encogiéndolos dentro de los zapatos hasta no poder resistir el dolor. Se defendía de la que trataban de hacerle escuchar, detestaba todo lo que pudiera interrumpir su pensamiento, aunque, en realidad, no era pensar lo que hacía; contemplaba, casi no comprendía, pero estaba, simplemente, ante el hecho. Y a fuerza de estar ante él vio que no era un hecho exento, sino sólo un pequeño vástago de un árbol colosal: todos los hechos que trastornaban el momento presente recibían de él su savia. Y unos eran triviales, leves como rami-

llas que se pueden romper, sin darles importancia —tal el hecho de cerrar la ventana, para que no entre el aire de la primavera—; otros eran frondosos, deleitables, admirables —tal Ginebra Blake y su mundo—; otros eran minúsculos, pero tiernos, inocentes, indefensos —tal el temblor de *Dasy*, ahora encadenada—. Podían olvidar con tácito acuerdo la visión del día anterior, pero el atentado que acababa de cometerse contra la vida, impunemente, sobre una mínima criatura, llenaba con su silencio como un clamor toda la estancia. Mistress Langridge dudaba de que Teresa lo comprendiera, y Teresa, más que comprenderlo, lo lloraba. Había tenido fuerzas para reprimir todas las quimeras suscitadas el día anterior, podía también soportar la caricia del aire tibio, sin disiparse; pero en cambio, había sucumbido a la piedad. Hasta aquel momento Teresa no había comprendido que el llanto de *Dasy* era un clamor de la vida, que el temblor era una sacudida con la que la vida la despabilaba, para obligarla a obedecer a su mandato. Ahora que la veía falsamente acallada, comprendía que para vencerla, siquiera en un ser tan pequeño, había que rendirla sobre un almohadón inmovilizada por un sueño artificial. ¡Y la vacua voluntad que creía haberla dominado seguía afirmándose en una razón falaz!

Teresa buscaba en la suya, en aquella razón que acababa de iluminarse, un orden que le demostrase que su divagar era ensueño. Pero su razón no se hacía más clara; se hacía cada vez más intensa, iba envolviéndola, creándole en torno una atmósfera vibrante, desde la cual todo lo que quedaba fuera resultaba extraño e incomprensible. Habría querido admitir en ella a mistress Langridge, pero inútil; su amistad tan estrecha, el trabajo cotidiano que las había unido, aparentando a veces fundir sus ideales y ambiciones, se dividía de pronto en dos mitades que patentizaban no haber sido nunca congruentes. Ya no podía recibir sus palabras asintiendo franca y cálidamente. Las veía perderse huecas, sin sentido ni jugo, deshaciéndose como pompas, y le dolía en su alma la crueldad de su deserción. Pero intentaba sujetarse a escucharlas, repitiéndoselas a sí misma ornadas con fantasía, encarecidas por el recuerdo del antiguo prestigio, y no encontraba un punto por donde entrar en el discurso, que había dejado perder en su principio.

Mistress Langridge hablaba de Suiza, donde se había reunido cinco años atrás con dos hombres de excepcional virtud... Sí, en Suiza. Teresa se repetía: Suiza... Buscaba en su memoria el lugar geográfico que se llama Suiza, pensaba en el camino que habría recorrido mistress Lan-

gridge para llegar allí, hacía por imaginar el rostro de aquellos dos hombres... Después de haberse perdido en este imaginar, intentaba volver a atender para obtener más datos, pero ya mistress Langridge no hablaba de Suiza; hablaba de su matrimonio, en el que tantas esperanzas habían fracasado. Describía al hombre que debía haber elegido, ensalzaba con impotente amargura los altos ideales que la habían llevado a aquella unión, tan despiadadamente disuelta por la muerte. Un rencor desolado llenaba sus palabras, como si hubiera sido abandonada en lo más intrincado de su empresa.

Esta vez se sintió Teresa más captada por el relato: un fantasma había acudido a la evocación. Teresa quería ver vagar por el cuarto el alma del marido de mistress Langridge, tal como ella le describía: bello, frágil e indolente, refugiado en un secreto que era el baluarte de su intimidad.

—¿Un secreto? —dejó escapar Teresa.

—¡Oh, sí, la poesía! Cosa que no era secreto para nadie.

—¡Ah!, ¿era poeta?

—Por supuesto. Pero, bueno, nunca llegó a hacer una obra...

Cayeron de plano en la realidad, volvieron a encontrarse a la entrada de otra región peligrosa. Mistress Langridge había resbalado hacia ella insensiblemente y ahora Teresa pugnaba por avanzar. Igual que el día anterior, también sintió mistress Langridge que acaso fuera más sensato tomar otro camino, pero al mismo tiempo notó que Teresa volvía hacia ella su atención, y sintió que con esto la recobraba. Igual que para ir a casa de miss Blake se había adornado con la juventud de Teresa, ahora, para retener la mirada de ésta —¡tal como otras veces!, formando aquel acorde con su boca entreabierta, puramente ávida, como la taza de mármol de una fuente antigua—, para llenar su espera, que le daba tan amplio crédito, tomó la cruel y hermosa imagen que llevaba tantos años sepultada.

Anhelante, agitada por la potencia contenida que se destapaba de pronto, por el miedo tal vez de dar libertad al genio, por la embriaguez del éxito que la recompensaba largamente y la precipitaba, fue delineando la figura, con su fondo, sus sombras, sus lejanías.

—Era hijo de un hombre un poco aventurero, un marino famoso, y, de muy chico, había rodado con él por todo el mundo. En fin, un niño sin hogar, sin una moral sólida.

—¿Por qué?...

—Por eso, por la vida errante, por el clima brutal de los hombres —de su madre nunca supe lo que había sido, ni si jamás la tuvo—, por un apego... realmente malsano.

—¿A qué?

—Al cuerpo, al placer. Bueno, no; no quiero decir que fuera un ser disoluto, pero...

La atención de Teresa no se desvió de mistress Langridge: la traspasó. Percibió que sus palabras afectaban describir y al mismo tiempo trataban de encubrir, pero era inútil: el fantasma estaba allí. Las palabras de mistress Langridge la perseguían, la cercaban, se cernían sobre su cabeza las más audaces e implacables: palabras que sólo hablaban de virtud, de esfuerzo, de sacrificio; de la elevada misión que une a los que son compañeros en la vida... Todas aquellas palabras resbalaban sobre el dulce fantasma, que no las combatía, que las dejaba caer a los pies de su belleza, con la misma indiferencia con que un día había dejado caer su belleza en las manos de mistress Langridge. Con la misma indiferencia con que más tarde había dejado deshacerse su vida entre ellas. ¿Por qué? Esto no estaba claro. Lo único evidente era aquella presencia que vagaba como un fondo inaprehensible, como una fuerza inmensurable y confusa, en la que no podían hacer presa las flacas garras de tan artificiosa razón; antes al contrario, quedaban prendidas a ella, ligadas, incapaces de des- trabarse. Teresa creía verle temblar en la fiebre de un anhelo secreto. ¿La poesía?... Tal vez, pero no sólo eso; debía de haber algo más, porque si no lo hubiera, mistress Langridge no dejaría escapar aquel acento acusador, aquel que una vez había esgrimido contra *Dasy*, en la lengua que usaba para sus irreflexivas explosiones: «*Tanto bella com'indegna!*» Esta era la oración fúnebre que había pronunciado sobre el desertor, porque lo que estaba claro era que él la había abandonado. Pero ¿cómo?, ¿en qué forma? ¿Cómo es posible reprochar a un hombre que se muera?

En una pausa, Teresa aventuró:

—¿Y su poesía? ¿No conserva usted nada de ella?

—¡Oh, no! Era un mero ejercicio: un jugueteo sin seriedad. Y podía haber sido otra cosa, porque su inteligencia era grande. Podía haberse encauzado, haber puesto en ella un contenido..., un ideal... No, no tenían sus versos ese aliento; no eran más que visiones sensuales...

—¡Ah! Por eso hacía de ellas un secreto, ¿no?

—No, no precisamente por eso. Él, en fin, no hacía secreto de nada, pero tenía uno que no sé si era la causa o el efecto. Ahora pienso que si

hubiera triunfado, quiero decir si su poesía le hubiera puesto en el lugar de otros, sin duda con menos talento, en vez de terminar en el cesto de los papeles, por no encontrar eco...

—¿No tuvieron éxito sus publicaciones?

—¡Oh!... Nunca publicó nada.

—Entonces, ¿cómo podía saber?

—Bueno... Eso era evidente. Tan evidente como que no era capaz de hacer otra cosa. Era incapaz de luchar, de adoptar una disciplina, de alcanzar una tensión moral; prefería esconderse. Se iba a otro mundo oscuro, donde puede una sonrojarse sin que eso se note.

Mistress Langridge se había agitado tanto que Teresa no se atrevió a preguntar más, pero tampoco podía contener su avidez.

—Ya comprendo —dijo—. Aunque no, no puedo decir que lo comprenda, pero me figuro que hay cosas que es mejor callarlas.

—¡Oh! Después de todo, la culpa no era solamente suya; era, como ya dije, de su padre. Costumbres de otros países, prácticas que otra moral no considera criminales, pero que lo son, lo son. Y que cuando un hombre cae en ellas no hay fuerza que pueda liberarle. Es la puerta de escape, es la traición al deber...

Un escalofrío advirtió a Teresa de que su fantasía se acercaba al delirio, porque ya no podía percibir si mistress Langridge hablaba o callaba. Al mismo tiempo se dio cuenta de que la luz había descendido y pensó pedirle permiso para encender el quinqué, por espantar sus ensueños, pero no se decidió a salir del refugio de la penumbra. El monólogo que mistress Langridge había seguido sin notar la ausencia de Teresa llevaba ahora otro rumbo: había cambiado la evocación por el proyecto. Ahora era un panorama de teorías lo que desarrollaba, embelleciéndolo con trazos sublimes. Era preciso prometerse, entregarse en unión indestructible, para lograr aquel propósito. ¿Aquel propósito?... ¡Ah, sí!... Con gran esfuerzo logró comprender de qué hablaba: de algo ya hablado mil veces tiempo atrás. Pero al comprender y recordar no vino a su memoria la cosa recordada, sino que fue la ausencia lo que se le hizo presente. De todo lo que se le pedía, sólo pudo actualizar en su mente el mandato de negar. Negar el amor, negar la belleza, la vida: Ginever Blake, o *Daisy*, o el hombre que se había matado por querer vivir. El propósito era reverenciar lo que no tiene cuerpo o lo que lo encubre como un vestido negro abotonado hasta la barbilla.

Se le puso entre ceja y ceja una fantasía irreprimible: ¿qué había bajo el vestido de mistress Langridge? ¿Habría un cuerpo tan hermoso como el de la Eva de miss Blake? Era igualmente alta, pero no tan esbelta ni tan flexible. Mistress Langridge era rígida. Teresa la miraba entre la penumbra, veía su solidez dentro del traje de estameña, pero mentalmente desabrochaba su fila de botones y le parecía que el gran cuerpo se derramaba, se relajaba por no estar contenido en su propia forma, como el de Ginever Blake, que podía correr desnuda entre los mirtos. Se pasó la mano por la frente: ¡todo aquello era una chifladura!

Volvió a escuchar a mistress Langridge, que decía, tal vez después de algún razonamiento concluyente:

—En fin, eso es todo, en líneas generales...

Teresa asintió con la cabeza y se esforzó en ver las líneas aludidas. Dos líneas negras vinieron a su memoria: dos barras de ébano, en cruz, sin Cristo.

Teresa creyó ver en la penumbra dos pequeñas chispas brillantes; pero no, no había luz para distinguir los ojos de mistress Langridge. Al comprobarlo, Teresa se sintió aliviada, porque podía dar libertad a los suyos. Y creyó sentir en ellos inusitadas ráfagas diabólicas que los invadían, que los impulsaban a girar por la habitación en sombra, en vuelos desordenados, posándose en los brillos de los muebles, zambulléndose en los rincones oscuros. Libres en el reino de lo insondable, tropezaron al fin con la mancha blanca de *Dasy*, que seguía dormida en su almohadón. En ella se concentraba la última claridad y se veía subir y bajar su vientre despacio, al respirar vencida bajo el peso de su sueño.

El reloj despidió bruscamente una sola campanada. Teresa se levantó de la silla: mistress Langridge también, para encender la luz. Tropezaron una con otra en medio de la habitación, buscando a un tiempo las cerillas sobre la consola. Se dieron excusas. Mistress Langridge intentó retener a Teresa porque todavía no era tarde. Teresa sintió en su brazo el contacto de las manos de mistress Langridge, tan duro y extraño como debe de sentir el pez lo que es ajeno a su elemento. Se escapó, sin saber cómo, y bajó corriendo los dos tramos de escalera. Pero aunque los bajó en un vuelo, vivió una eternidad en aquellos veinte escalones. Fue dándose cuenta de que huía de algo con horror, pero su horror no era del mundo que dejaba; ningún rencor ni desprecio sentía por él. Su horror, su asco más bien, era de sí misma, de su papel en aquel mundo, de su falsedad, de su impostura.

Irrumpió en su casa con brío tan desacostumbrado que hizo alzar a todos la cabeza. Al encontrar la mirada de Matilde, un velo de lágrimas le hizo cerrar los ojos. Fue hacia ella, deseando echarse en sus brazos, pero no lo hizo: le cogió la cara entre las manos y le dio dos o tres alegres cachetitos en las mejillas. Se sentó junto a su padre, que jugaba, como siempre, a las cartas. Charló familiarmente con los amigos, y al despedirlos se quedó hablando con uno de ellos largo rato en la puerta. Sólo recordaba que al otro día, con una voz fría y serena, con una mirada sin memoria para todo lo vivido en aquella casa, había subido a decir a mistress Langridge: «He prometido mi mano al señor del Bayo.»

Aquí terminaban todos sus porqués. Teresa dejó descansar su frente entre las manos; éste era el peso oculto que había inclinado la balanza en su vida. No había sido el frío cálculo ni la ligera impremeditación lo que la había llevado a aquel matrimonio, sino un rapto de decisión ciega que la impulsó a hacerse sierva de un hombre, ya que no podía ser amante. No le aceptó pensando en traicionarle; fue necesaria otra convulsión loca, de fuerza inimaginada, para escapar de aquella cadena. Aún se asombraba de su propio vigor, pero sin orgullo, porque sabía haber causado con él un gran infortunio. Nunca llegaría a verse libre de su propia inculpación. Los ratos en que meditaba en su pasado derivaban siempre hacia una angustiada operación de proporciones entre lo que había dado y lo que había recibido. Porque ella, sin duda, había usado de aquella situación ventajosa para cultivar su belleza, para hacer reflorar la alegría y el calor de sus años más juveniles, pero también era cierto que había dado su belleza misma, en el momento más brillante, y, sobre todo, había dado un hijo.

Hizo una pausa después de esta palabra, como si no pudiera saltar por encima de su profundidad. Miró a Espronceda y vio en sus ojos que para él la palabra era totalmente hermética: no había detenido nunca su pensamiento en ella. Un hijo... ¿Qué es un hijo?... Teresa misma tampoco había pensado nunca qué era y, al querer explicarlo, veía que tenía que encontrarle sentido, saber, en realidad, lo que significa un hijo. Lo cierto era que ni siquiera sabía lo que había significado para ella el suyo. Bajó cien veces al fondo de su conciencia, pero no consiguió traer a la luz aquel misterio hirviente, y, sin preocuparse por el desaliño ni la incoherencia de sus palabras, siguió, volviendo a tomar el hilo abandonado.

Eso era todo: nada más que eso. Ella no había sabido dar más que un eslabón de la cadena, de esa cadena que va en la sangre. Nunca creyó que llegase jamás a romperla. Nada más, eso fue todo. Y repetía esa frase alzando la frente, levantando los párpados para evitar que proyectasen la menor sombra sobre sus ojos, para que se pudiera ver la intachable verdad de su fondo, que tras aquella larga confesión se mostraba despejado. Nada más quedaba en él, nada más que una infinita esperanza.

Unos pasos familiares empezaron a subir la escalera. El fraternal amigo que giraba su visita diaria llegó a su hora, como todas las tardes al terminar sus quehaceres. Bajo la pantalla del quinqué dispusieron una cena improvisada. Balbino Cortés echó su brazo sobre el hombro de Espronceda y empezó a amonestarle

—Son demasiadas las veinticuatro horas del día para consagrarse al amor, ¿no te parece?... Bueno, tal vez no, pero ¿no puedes dedicar siquiera un momento a enterarte de lo que pasa en el mundo?

Espronceda contestó con una sonrisa evasiva. Él siguió:

—Hoy vengo expresamente a hablarte de Polonia.

Teresa le atajó, fingiendo un acceso de cólera:

—¿Te atreves a pronunciar delante de mí un nombre femenino?

—Pero, hija mía, no bromees: Polonia está sublevada.

—¡No entiendo! Y, te lo repito, no te atrevas jamás a mentar en esta casa un nombre de mujer.